7391.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL MOVIMIENTO CONTINUO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCIA,
calle del Oso, número 21.

1864

3

EL MOVIMIENTO CONTINUO.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elmovimientocont4343pere

EL MOVIMIENTO CONTINUO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL,

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA EL PRIMER ACTOR

D. MANUEL CATALINA,

POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Príncipe, la noche del 24 de Diciembre de 1859.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

AL SEÑOR

D. Ricardo San Miguel de Bustamante.

Amigo mio: Nos conocimos, como suele suceder, por una casualidad.

El trato engendró las simpatías, dé las simpatías nació la amistad franca y desinteresada que ya nos profesamos.

En Madrid, bajo el traje de sociedad, en el monte bajo el capote del cazador, junto el hogar del guarda, en todas partes, en fin, he hallado en V. el amigo leal, verdadero y desinteresado.

El nombre de V. al frente de esta obra será un nuevo lazo que estreche, si es posible, más nuestras buenas relaciones.

Si por una de esas casualidades que el hombre no puede prever llegara un dia á enfriarse nuestra amistad, no olvide V. que para que vuelva á renacer, le bastará con remitirle un ejemplar de esta comedia, que le dedica su verdadero amigo

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Madrid 22 de Diciembre de 1859

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 22 de Diciembre de 1859.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.	ACTORES.
INES.	D.ª SALVADORA CAYRON.
DOÑA VIRTUDES.	BALBINA VALVERDE.
DAMIANA.	ADELA ZAPATERO.
LUIS.	D. MANUEL CATALINA.
DON ANTONIO.	JOSÉ CALVO.
DON RUFINO.	MARIANO FERNANDEZ.
JUAN.	JOSÉ VILLENA.

La accion se finge en Madrid.—La época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas y balcon practicable: á la derecha de la puerta del foro se verá un reloj de pared.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS y DAMIANA, subidos ámbos en una escalera de mano que habrá junto al reloj del foro.

LUIS. Pero este reloj maldito
no se puede componer.
(Á Damiana.)
Trae.
(Le da un cuchillo que ésta tiene en la mano, con el cual comienza á urgar la máquina del reloj.)

DAM. ¡Ay! Que se va á caer
la escalera, señorito.

LUIS. ¡Bah! No tengas aprension.
No hay aquí riesgo inminente.

DAM. Confiese usted francamente
que es mala mi posicion.

LUIS. ¡Ambicion desmesurada!
¿Con que no te encuentras bien?...
Y nunca te has visto en
posicion tan elevada.
(El reloj da dos campanadas.)
Una... dos... Pero ¿estás tonta?
Sosten el cristal, mujer.

673218

DAM. ¡Vaya!
LUIS. Yo deseo hacer
una compostura pronta
en el reló: esta mañana
me ocurrió esa idea.
DAM. ¿Loca?
LUIS. Asunto acabado... Toca.
DAM. ¿Y qué toca?
LUIS. La campana.

ESCENA II.

DICHOS, D. ANTONIO, por el foro, que tropieza con la escalera. Damiana da un grito.

DAM. ¡Ay!
ANT. ¿Qué haces ahí subido?
LUIS. Componiendo.
ANT. ¡Otra manía!
¿Y tú? (Á Damiana.)
DAM. Le ayudo. (¡Tendria
muy levantado el vestido!)
ANT. Baja.
LUIS. Lo compuse; salgo
adelante con mi empeño.
(Bajan los dos de la escalera: D. Antonio le dice á Damiana señalando la escalera:)
ANT. Llévate eso.
DAM. (¡Uy, que ceño!
¿Si se me habrá visto algo?)
(Se lleva la escalera.)

ESCENA III.

D. ANTONIO, LUIS.

ANT. Tambien ha sido rareza
meterte ahora á relojero.
LUIS. No tenia que hacer...
ANT. Pero
¿cuándo sientas la cabeza?

Me canso de aconsejarte
y nunca logro mi objeto.
No te puedes estar quieto
media hora en ninguna parte:
ni un solo instante se pasa
sin que una diablura inventes.
Luis ¿qué dirán esas gentes
que hay hospedadas en casa?

LUIS. No dirán nada, señor;
ni sé por qué usted deplora
que yo... Vamos, pues ahora
(Mirando al reloj.)
apunta mucho mejor.

ANT. De caprichos tan extraños
es natural que me asombre.
¿No piensas que eres un hombre,
que tienes veintidos años?

LUIS. ¿Veintidos?

ANT. Justo: esa es
tu edad.

LUIS. Pues no lo sabia.

ANT. ¿No?... ¡Me gusta!

LUIS. Yo creia
que tenia veintitres.

ANT. Dejemos esa niñada.
Siéntate. Vamos á ver:
¿qué es lo que piensas hacer
en esta vida?

LUIS. (Con naturalidad.) ¿Yo?... Nada.

ANT. (Con asombro.)
¡Nada!... No es poco egoismo...

LUIS. Bien: haré lo que usted quiera,
porque á mí de una manera
ú otra me da lo mismo.
¿Quiere usted que gane el pan
con el sudor de mi frente?
Corriente, padre, corriente;
si yo no soy holgazan.
Ninguno podrá acusarme
de esa falta; verá usté...
pero... el caso es que no sé
á qué voy á dedicarme.

ANT. Verdad es que has estudiado
poco, y á mí me contrista.
LUIS. Aun puedo ser... periodista,
ó ministro ó diputado,
ó poeta ó menestral,
ó médico ó comerciante,
ó músico ó...
ANT. (Dando un grito.) Danzante.
¿no es eso?
LUIS. Á mí me es igual.
ANT. Pensemos con detencion,
y el tono de broma acabe,
porque la cuestion es grave.
LUIS. (Formalmente.)
¿Con que es grave la cuestion?
(Luis se ocupa durante los últimos versos en limpiar con su pañuelo la cadena del reloj de D. Antonio.)
ANT. Pero hombre, ¿qué estás haciendo?
LUIS. Yo... limpiando esta cadena:
ya acabé.
ANT. Tambien es buena...
LUIS. Siga usted, ya estoy oyendo.
ANT. Tu madre—que tenga Dios
en el cielo—cariñosa
como madre y como esposa,
era amparo de los dos.
La perdimos: mi cuidado
por tí procuré aumentar,
y no debes olvidar
que tu suerte he procurado.
Era mi anhelo constante
verte feliz, complacido,
con carrera... pero has sido
siempre tan mal estudiante...
La paterna autoridad
nada de tí conseguia,
hasta que me dije un dia:
«Cosas propias de la edad:
tal vez con la reflexion
cambiará de parecer».
Y hoy, Luis, deseo saber
si yo tenia razon.

LUIS. Sí, padre mio; propicio
me siento, dispuesto estoy.
ANT. ¿Eso es de veras?
LUIS. Desde hoy
seré ya un hombre de juicio.
(Se vuelve y mira al reloj: se levanta, y su padre le detiene.)
Parece que se ha parado
de nuevo. Voy á ver si...
ANT. Luis, sé formal y dí:
¿Quisieras ser empleado?
LUIS. Toma, con mucho placer.
ANT. ¿De veras?
LUIS. ¿Y eso le extraña?
¿Acaso hay uno en España
que no lo quisiera ser?
Y si á doce mil reales
alcanza la asignacion,
entónces es el turron
mejor que miel en panales;
pues mientras suda á destajo
el incansable escribiente
extractando un expediente
ó revolviendo un legajo,
y á fuer de honrado y metódico
al faltarle el tiempo bufa,
arrimadito á la estufa
yo leeré algun periódico
ANT. Pues bien; muy pronto sabré
si tu deseo consigo:
hoy mismo veré á un amigo,
al cual le recomendé
ese asunto.
LUIS. (Distraido.) Sí, un destino
es hoy el sueño dorado
de un español... ¡Empleado!
¡Oh, magnífico... divino!
¡Ser empleado!... ¡Oh placer!
ANT. ¿Con que aceptas?
LUIS. Me acomodo.
ANT. Para darme gusto en todo
falta que busques mujer.
¿Qué te parece la hija

de don Rufino?

LUIS. No es fea,
pero...

ANT. Su padre desea
casarla; teme que elija
ella un novio torbellino
que su corazon sorprenda,
y que derroche la hacienda
que ha juntado don Rufino.
Quince mil duros Ines
tiene de dote; es hermosa,
modesta, afable, hacendosa...

LUIS. Padre, cáseme usted, pues.

ANT. Calma; si estás decidido
á no ser más tarambana...

LUIS. Sí, señor.

ANT. Pues bien, mañana
le hablo, y su mano le pido.

LUIS. No me parece ese plan
del todo descabellado.
¿Con que un destino?... ¿Y casado?
Corra usted...

ANT. ¡Hombre, qué afan!

LUIS. El sombrero... (Se lo pone.)

ANT. ¡Qué!...

LUIS. El baston. (Dándosele.)
Corra usted. (Empujándole hácia el foro.)

ANT. Estoy contento
de tí. Volveré al momento. (Vase por el foro.)

LUIS. Mi padre tiene razon.

ESCENA IV.

LUIS, solo.

LUIS. Ya es tiempo por lo que veo
de pensar con más aplomo...
Lo dicho: el empleo tomo;
luégo me caso, otro empleo.
Con los dos, por de contado,
no me faltará que hacer...

y en verdad que la mujer
que eligió no es mal bocado.
Y ahora que recuerdo, tiene
gracia, el rostro algo moreno...
con dote... debe ser bueno
el dote; sí, me conviene
abandonar los prolijos
afanes, porque á mi edad,
la paz, la tranquilidad,
el cariño de los hijos,
ver la esposa que concilia
con su amor nuestra amargura,
disfrutar de esa ventura
que brota de la familia,
pasar la noche cruel
de Enero junto al hogar
ocupado en fabricar
pajaritas de papel,
teniendo á la esposa al lado,
y al niño y á la niñera...
Yo no sé cómo hay quien quiera
ser soltero. Desgraciado
del que la ventura pierda...
Yo no la quiero perder,
porque un hombre sin mujer
es como un reloj sin cuerda.

(Luis se vuelve, mira un momento hácia el reloj de pared, y dice:)

Pues ese, si no me engaño,
de nuevo se ha descompuesto.
Voy á ver.

(Coge la escalera y se dirige hácia la puerta del foro, á cuyo tiempo entra D. Rufino que recibe un golpe con la escalera.)

ESCENA V.

Luis, D. Rufino, con el sombrero apabullado y descompuesto el traje.

Rufino. ¡Diablos! ¿qué es esto?
Luis. (¡Mi suegro!) ¿Se ha hecho usted daño?...

RUFINO. No.

(Apretándose la espinilla y haciendo gestos de dolor.)

LUIS. ¿Lo dice usted con sorna?

RUFINO. Hombre, á poco me has partido
la pierna... Vengo rendido.

(Rufino saca un pañuelo, y se quita el polvo de los zapatos, sombrero y demas prendas.)

¡Ay... qué Madrid! ¡Qué Liorna!
¡Uf! ¡Cuánto polvo!... Mejor
será limpiarme. (Lo hace.)

LUIS. ¿Le ayudo?

RUFINO. No hay necesidad... Yo sudo
lo mismo que un segador.

LUIS. ¿Le gusta á usted madrugar?

RUFINO. Sí, he salido á paseo...
Miento, Luis, porque creo
que lo que he hecho es rabiar.

LUIS. ¿Cómo es eso?...

RUFINO. Sin más norte,
nuevo en la villa del oso,
me dije, sin ser curioso:
voy á ver lo que es la córte.
Quien en mi caso se halle,
Luis, ¿no pensaria así?
Me levanté, me vestí,
almorcé, y me eché á la calle;
pero como es la escalera
más estrecha que debia,
el aguador que subia
me pisó... ¡y de qué manera!
Salgo á la calle despues,
y aun cuando llevaba prisa,
con objeto de oir misa
entré ahí cerca, en San Gines;
y mientras mis oraciones
fervientes dirigí al cielo,
me robaron un pañuelo
y cuatro napoleones.
Salí del templo al instante
admirándome del caso,
y distraido, á buen paso
tomé la calle adelante.

De pronto unos empellones
siento; me vuelvo asombrado,
y veo á dos á mi lado
dándose de bofetones.
Corro á apartarlos ligero,
y apénas extiendo el brazo
me encajan un garrotazo
que me apabulla el sombrero.
Viendo su descortesía,
de rabia y furor me ciego,
alzo el baston... y le pego
á uno de la policía.
Furioso el municipal,
grita: «Esto es un atropello,»
y agarrándome del cuello
se me lleva al Principal.
Allí el caso se consulta,
y, por fin, la autoridad
me otorga la libertad
por cinco duros de multa.
Salgo á la calle en seguida,
y anhelando aquí volver,
arranco á todo correr
como liebre perseguida.
Por mí, un *Simon* atropella
á un vieja; y un chiquillo
lo ve, y me tira un ladrillo
que sobre un cristal se estrella.
Uno grita: «¡A Leganes!»
Otro: «¡Que va desbocado!...»
Y aturdido y sofocado
iba apretando los piés,
oyendo las maldiciones
de todos sin hacer caso,
mientras que me abria paso
á codazos y empellones.
Y entre tanta confusion,
sin saber lo que me pasa,
llego por fin á esta casa,
puerto de mi salvacion.
¡Qué Madrid! Te lo regalo.
Será esto muy divertido,

pero yo vengo molido,
sucio, sin dinero y malo.

(Se deja caer en una butaca, y se limpia el sudor.)

LUIS. Verle de tan mal humor
me desanima á fe mia;
porque queria... queria...

RUFINO. ¿Qué?

LUIS. Pedirle á usté un favor.

RUFINO. ¿Sí?... Pues dí lo que te cuadre:
te serviré: soy padrino
tuyo...

LUIS. Quiero, don Rufino,
que sea usted...

RUFINO. ¿Qué?

LUIS. Mi padre.

(Rufino se levanta.)

RUFINO. Pero hombre, ¿cómo he de ser
tu padre?... Entónces, Antonio...

LUIS. Es que adoro á Ines...

RUFINO. ¡Demonio!

LUIS. Desde que la llegué á ver.
De su luz á los reflejos
sintió el corazon antojos,
porque sus ojos...

RUFINO. Los ojos
de mi hija no son malejos.

LUIS. Pues sí, la amo, la idolatro.
Tengo, y esta es la verdad,
veintidos años de edad:
dentro de dos... veinticuatro.

RUFINO. Cabal.

LUIS. No, quiero decir
que soy un hombre...

RUFINO. Es corriente:
por mí no hay inconveniente.

LUIS. Tambien le debo advertir
que la cabeza he sentado,
que soy otro...

RUFINO. Lo que es eso
te faltaba, lo confieso.

LUIS. Item más: seré empleado.
Verá usted cómo penetro...

Y usted, señor don Rufino,
¿por qué no pide un destino?

RUFINO. ¡Un destino! *Vade retro.*
Si suelen dar unos chascos...

LUIS. ¿No le gusta á usté el turron?

RUFINO. Al de Alicante ó Gijon,
si es bueno, no le hago ascos.

LUIS. Pues yo de corto no peco,
y no he de quedarme atras
en la oficina.

RUFINO. ¿Qué estás
haciendo con mi chaleco?

(Luis durante el diálogo anterior desabrocha el chaleco á D. Rufino.)

LUIS. Nada. (Se vuelve de repente á mirar el reloj.)
¡Calle! Se paró...

RUFINO. ¿Quién?

(Volviendo la cabeza como buscando á alguno.)

LUIS. El reló. Á la motora
le falta un diente.

(Le mete la mano en el bolsillo y le saca el reloj.)

La hora...

RUFINO. ¡Cómo un diente!

LUIS. (Mirando la esfera del reloj de D. Rufino.)
Este reloj
debe tener suelto el pelo...
y voy á ver si yo salvo...

(Va á abrir el registro. D. Rufino, que hasta entónces no ha reparado, se lo quita con prontitud, se lo guarda en el bolsillo y se abrocha la levita.)

RUFINO. No tiene pelos: es calvo.
Fué de mi tatarabuelo,
por cuya razon, ya ves
que no es fácil...

LUIS. Bien decia,
que mi ventura veia
en su amor.

RUFINO. Pero, hombre, ¿Ines
sabe de lo que se trata?

(Luis empieza á arreglar la corbata á Don Rufino.)

LUIS. Yo sólo sé que la quiero,
que la idolatro...

RUFINO. Sí... pero...
no me toques la corbata.
LUIS. En fin, estoy decidido:
usted y padre hablarán.
(Juan aparece en el foro. Luis corre á su encuentro y le abraza.)
JUAN. (Entrando.)
Buenos dias.
LUIS. ¡Hola, Juan!
RUFINO. (Pero este chico está ido.)
(Señalando la cabeza.)

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN, que trae algunos libros y los deja sobre la mesa.

JUAN. ¡Don Rufino!...
RUFINO. Servidor.
JUAN. ¿Y las señoras?
RUFINO. Tan buenas.
JUAN. Me alegro: y tú, Luisito,
¿cómo sigue esa cabeza?
LUIS. Bien.
JUAN. Fiel á mi palabra, (Á D. Rufino.)
aquí están las papeletas
para ver lo reservado...
(Sacándolas del bolsillo.)
Ahora cuando ustedes quieran,
soy suyo...
RUFINO. Yo doy á usted
mil gracias por la molestia.
JUAN. ¡Ah!... Tambien traigo las gafas
que me dió. (Dándoselas.)
RUFINO. ¿Ya están compuestas?
¡Pero usted no tiene precio!
JUAN. Encargo hecho... otro espera.
LUIS. ¿Y cómo van tus negocios?
JUAN. Así, así; se pelecha
y nada más.
LUIS. Este chico
es mozo de mucha fuerza
de voluntad. Se le pone

una cosa en la mollera,
y machaca que machaca,
hasta lograrla no cesa.

RUFINO. Lo mismo que yo.

LUIS. Metódico.

RUFINO. Lo mismo que yo.

LUIS. Usted piensa...
pues éste llegó á la córte
sin tener una peseta
hace cuatro años. Parece
que le estoy viendo. ¿Recuerdas
aquel gaban que llevabas?...

JUAN. ¡Ah, sí, el de color de yesca!
¡Qué frio pasé!...

LUIS. ¡Y qué hambre!

RUFINO. ¡Hambre!

LUIS. Sí; pero hambre régia.

JUAN. Pasé seis dias con seis
roscas.

RUFINO. Hombre, ¿eso es de veras?

LUIS. Si este tiene más estómago
que el guapo Francisco Estéban.

RUFINO. Pero hoy en dia...

LUIS. Hoy en día
es un Rotschild.

JUAN. Te chanceas.

RUFINO. Vamos, si por fin usted
pudo sacar la cabeza,
ménos mal, pues los hombres
que de la nada se elevan...

LUIS. Pues éste al mes de llegar
ya era pasante de escuela;
al medio año, escribiente
del ministerio de Hacienda;
y con eso y las lecciones
que daba por ahí sueltas,
libres y sanos, juntó
catorce reales de renta.
Al año, de sus ahorros
ya se hizo una capa nueva,
con unos broches de plata
y unos embozos de felpa.

JUAN. Pero Luis...
LUIS. Este es un cuco...
Apuesto á que en su gabeta
tiene lo ménos diez mil
reales durmiendo la siesta.
Vea usté, administrador
del señor Duque de Cuenca,
con doce mil anuales,
su genio y las manos puercas...
JUAN. Pero Luis, ¿no reparas
que á don Rufino molestas
contando...
RUFINO. Muy al contrario:
me admiro al ver la firmeza
de carácter, la constancia
que en ese pecho se alberga.
LUIS. Y aquí donde usted le ve,
ha acabado su carrera
de abogado.
JUAN. Me glorío
de haberla hecho por mi cuenta.
LUIS. No puedo decir yo tanto.
JUAN. Tú eres rico.
RUFINO. Aunque lo sea.
JUAN. Ese fué mi único afan
cuando al salir de mi tierra
vine á buscar en la córte
un refugio á mi miseria.
Pero aquí estamos hablando,
y tal vez el señor quiera
noticiar á las señoras
que traje las papeletas;
y como el dia está bueno,
si quieren dar una vuelta
por el Prado...
RUFINO. ¿Tú vendrás,
Luisito?
LUIS. Es claro.
RUFINO. Pues ea,
con el permiso de ustedes
voy dentro á ver si se arreglan,
y vuelvo.

JUAN. Pues aquí espero.
RUFINO. (Este chico es una perla.) (Vase.)

ESCENA VII.

LUIS, JUAN.

LUIS. Me alegro de que nos dejen
solos. ¿Quieres un cigarro?
(Sacando la petaca y encendiendo un cigarro de papel.)
JUAN. ¿Pues no sabes que no fumo?
LUIS. ¿Sí? Pues lo habia olvidado.
Querido Juan, soy otro hombre,
ya me voy regenerando;
desde hoy seré, como dicen,
un jóven aprovechado.
Nada de vacilaciones.
JUAN. Dispénsame si lo extraño.
LUIS. Figúrate que muy pronto
me vas á ver empleado,
y por fin, chico... á lo sumo
el mes que viene... me caso.
JUAN. ¡Te casas!... Pues eso es grave.
LUIS. Ya lo sé; pero me canso
de vivir así, es preciso
que yo sirva para algo,
y serviré: te prometo
que he de hacer un buen casado.
Nada de infidelidades
con mi mujer: al teatro
los domingos; por las tardes,
muy cogiditos del brazo,
ó á la Fuente Castellana,
ó al Retiro á ver los patos;
y por la noche á casita
junto al fuego calentándonos,
y si Dios nos da algun hijo,
ó dos, ó tres...
JUAN. ¡Hombre!
LUIS. Ó cuatro,
entónces ya es otra cosa.
Como seré padre... es claro,

Ines y yo ya tendremos
con que entretener el rato.

JUAN. ¿Con que es Ines la?...

LUIS ¿Te gusta?

JUAN. Es bonita.

LUIS. Con su mano
me trae quince mil duros
de dote.

JUAN. ¡De veras!... ¡Diablo!...
¡Quince mil duros!... Pues chico,
quince mil duros son algo...

LUIS. Yo lo creo.

JUAN. ¿Y ella admite
el negocio?...

LUIS. Hoy dará el paso
mi padre; y es muy probable...

JUAN. Es decir, que aun no lo ha dado...
(Pues ese dote, es un dote
que salva á cualquier cristiano...
en fin, lo tendré presente.
Mas siempre será un obstáculo...
él es rico... en fin, probemos.)
Luis, ¿sabes que Eduardo
nuestro amigo... se halla en África
defendiendo el honor patrio?

LUIS. ¿De veras?

JUAN. Es un valiente.
La prensa con entusiasmo
cita su nombre.

LUIS. ¿De veras?

JUAN. ¡Oh! Le esperan muchos lauros.
Como yo hubiera podido
marcharme con él, me marcho.

LUIS. En verdad que muchos jóvenes
se marchan de voluntarios.
¿Con que dices que la prensa
se ocupa...

JUAN. ¡Vaya!... Ensalzando
su valor hasta las nubes.

(Luis se queda preocupado é inmóvil, como si pensara algo importante. Juan lo mira, se sonrie, se sienta y coge un periódico.)

(Ya se halla preocupado.

¡Ay!... Que á mí los quince mil
me tienen en igual caso.
Pues señor, á ver si viene
la niña.) (Lee un periódico.)

LUIS. (Hablando consigo mismo.)
Seria un rasgo
digno de elogio... y despues,
yo tengo un aire simpático,
marcialidad, corazon,
y cuando el sol africano
queme el cútis de mi rostro,
puedo ser un buen soldado;
y si llego á general,
como otros muchos llegaron...

JUAN. A propósito... Luis...
hé aquí los nombres de varios
jóvenes que por su patria
su familia abandonaron.

LUIS. ¿A ver? (Cogiendo el periódico y leyendo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, INES, VIRTUDES (1).

JUAN. (Corriendo á su encuentro.)
Señoras...

INES. (A Luis.) Luis.
(Sigue leyendo.)

VIRT. ¿Me hizo usted aquel encargo? (A Juan.)

JUAN. ¿Cómo no, siendo de usted?
(Saca un libro que entrega á Virtudes.)
Vea usted lo que le traigo...
Señorita... (A Ines.)

---

(1) La actriz que desempeñe la figura de doña Virtudes nunca debe soltar el libro de la mano. Las entradas y salidas debe hacerlas fingiendo leer con interes. Como algunas veces el diálogo le pone en el caso de interrumpir la lectura, convendria que llevara suspendido del brazo un ridículo grande ó *cabas* de cañamazo, en donde meterá el libro, volviéndolo á sacar de allí para continuar leyendo tan luégo como se lo permita la fábula de la obra.

INES. (De mal humor mirando á Luis.)
Buenos dias.
JUAN. (Es más suave que un cardo.)
VIRT. *El abate Joselin.* (Mirando el libro.)
Será del género cándido...
JUAN. De Lamartine.
VIRT. Es mi género. (Se sienta y lee para sí.)
INES. Luis...
LUIS. Voy. Al momento acabo. (Sigue leyendo.)
INES. Pues me gusta. (Se sienta demostrando el mal humor.)
JUAN. (Acercándose á Ines.) (A esta muchacha
la encuentro no sé qué encanto...)
Le traigo á usted las agujas: (A Ines.)
como usted verá, hay de varios
colores. (Le da una cajita pequeña.)
INES. Son muy bonitas.
(A Juan despues de mirarlas.)
¿Qué lee Luis? (Señalando á Luis.)
JUAN. *El Diario.*
(Habla en voz baja: Virtudes lee.)
LUIS. (Me decido... Voy á ver
ahora al capitan Fajardo.
Me explica el modo y manera
cómo debo dar el paso,
y despues veré á mi padre,
me da permiso y me marcho.)
Buenos dias, Inesita.
Dispensa, estaba ocupado...
INES. ¡Ya das señales de vida!
Ya era tiempo.
LUIS. Mira, hablando
formalmente: ¿á tí te gustan
los militares?
JUAN. (¡Ya caigo!)
INES. Tal pregunta...
LUIS. Con franqueza.
VIRT. (¡Qué estilo tan elevado!...) (Leyendo.)
LUIS. ¿Sí ó no?
INES. Pues bien, francamente,
un militar, cuando es guapo,
no me disgusta.
LUIS. ¡Oh ventura!

INES. ¡Qué dice!
LUIS. Esta noche parto.
(Cogiendo el sombrero.)
Abur.
INES. ¿Pero qué, te marchas?
LUIS. Sí.
INES. ¿Qué, no vamos al Prado?
Si el papá me ha dicho...
LUIS. Vuelvo...
(Llegando al foro y volviendo al proscenio.)
Oye: te amo, te idolatro.
INES. ¡Cómo!
LUIS. Sin tu amor, la muerte.
INES. ¡Jesus!
JUAN. No le haga usted caso.
VIRT. (Leyendo.)
¡Oh, qué dulzura! ¡Qué frases!
¡Qué conceptos!
RUFINO. (Saliendo.) ¡Eh, muchachas!
LUIS. Vuelvo. La patria, la patria
reclama á los esforzados.
(Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA IX.

INES, VIRTUDES, JUAN, D. RUFINO.

RUFINO. Pero este chico está loco,
¡qué patria ni qué ocho cuartos!...
JUAN. ¡Qué viveza!
INES. Demasiada.
RUFINO. Tiene la cabeza á pájaros.
INES. ¡Qué lástima!
JUAN. Yo lo creo.
RUFINO. Todos mis planes frustrados.
Yo que creia salir
á paseo... ya no salgo.
Él era mi acompañante,
y estas habian pensado
dar una vuelta... paciencia:
ya lo veis... por mí...
JUAN. Si acaso

salir ustedes desean,
con gusto las acompaño.

INES. No, muchas gracias.

JUAN. (A Ines.) Sin duda
le seria á usted más grato
ir con Luis que conmigo.

(Hablan en voz baja.)

VIRT. Rufino, oye este rasgo. (Sin dejar de leer.)

RUFINO. Sí, muy bonito. (Se aleja.)

VIRT. ¡Grosero! (Sigue leyendo.)

RUFINO. ¿Salimos ó nos quedamos? (Á Ines.)

INES. Si usted quiere, iré á vestirme.

RUFINO. Tú has de decidir.

INES. ¡Yo!

RUFINO. ¡Claro!

JUAN. Parece que Ines no tiene
ganas.

RUFINO. Hace un sol de Mayo.

JUAN. Mejor dia...

RUFINO. Ea, á vestiros,
y á ver si viene entre tanto
ese calavera.

INES. (Á Virtudes.) ¡Tia!

VIRT. ¿Qué quieres, sobrina?

INES. Vamos.

VIRT. ¡Qué situacion! Mucho siento
dejarla.

RUFINO. ¿Cae algun rayo?

VIRT. Tú siempre serás de pueblo.

RUFINO. Como tú: somos hermanos.

VIRT. Ya acabé los doce tomos (Á Juan.)
de la novelita *El Rapto.*

JUAN. Yo le traeré á usted varias.

VIRT. Cuando gustes. (Á Ines.)

JUAN. Si no causo
molestia, tendré un placer
en acompañarla.

(Juan saluda á Ines; ésta le devuelve un saludo frio, y dice á su tia:)

INES. Vamos.

RUFINO. Ponte el vestido de seda,
que vean los cortesanos

que tambien en Albacete
hay gente de tiros largos.

INES. Si vuelve Luis...

RUFINO. Es corriente.

INES. ¡Qué lástima! ¡Y es muy guapo!
Si él sentara la cabeza...

JUAN. Ines...

INES. Beso á usted la mano.

(Entra en el cuarto de la izquierda. Doña Virtudes la sigue leyendo.)

ESCENA X.

D. RUFINO, JUAN.

JUAN. ¡Tiene un rostro sobrehumano
su hija de usted! ¡Celestial!

RUFINO. Gracias.

JUAN. Dichoso el mortal
que logre su hermosa mano.

RUFINO. Qué, ¿le gusta á usted, galopo?...

JUAN. El que al ver tal perfeccion
no la rinda adoracion,
no es un hombre, que es un topo.

RUFINO. Puede que léjos no viva
el mozo que es aspirante
á su mano...

JUAN. ¡Hola! ¿Hay amante?

RUFINO. Sí, señor, en perspectiva.
Pero un obstáculo ofrece
esa boda proyectada.

JUAN. ¿Cuál?

RUFINO. El novio.

JUAN. ¡Pues no es nada!

RUFINO Porque, en verdad, no merece...
¡Mas qué quiere usté!... Es un chico
á quien hice yo cristiano,
y si me pide su mano,
como él es rico y soy rico,
si se aman... á lo hecho pecho;
porque me he echado la cuenta
que si se da por contenta

yo me doy por satisfecho.

JUAN. ¡Pues señor, bravo!... Me alegro,
y sólo ansío una cosa:
que sea feliz la esposa
y muy venturoso el suegro.
Y pues tantas perfecciones
Dios sobre ustedes aduna,
anhelo que la fortuna
vierta en ustedes sus dones.

RUFINO. Su amistad nos favorece,
pues no merezco en verdad...

JUAN. Sólo inspira la amistad
aquel sér que la merece.

RUFINO. (Tiene este chico un talento,
que me llega á cautivar.)

JUAN. (Por lo que pueda tronar
le debo tener contento.
Porque si al tal don Rufino
logro inclinar á mi lado,
para mi plan tengo andado
ya la mitad del camino.
Y no me ha de costar tanto,
porque es hombre que se humana
pronto... y... por la peana
se empieza á adorar el santo.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. ANTONIO, por el foro.

ANT. (Entrando.)
Me alegro de hallarte. Quiero
hablar contigo.

RUFINO. Háblame.

JUAN. Entónces...

RUFINO. ¿Se marcha usté?

JUAN. Muy pronto volver espero,
pues quisiera acompañar...
á ustedes en su paseo,
si es que quieren.

RUFINO. Ya lo creo.

JUAN. Pronto vuelvo. (Por probar

y como en tono de broma,
por mi mismo aquí veré
si es verdad aquello de
poco á poco se va á Roma.)

(Juan coge el sombrero y sale por el foro.)

ESCENA XII.

D. Rufino, D. Antonio.

Ant. ¿Y Luis?
Rufino. Há poco salió.
Ant. ¿No sabes á dónde fué?
Rufino. Lo que es eso, no lo sé.
Ant. ¿Y tardará?
Rufino. ¿Qué sé yo?
Si ese chico es un azogue:
escapó como un lebrel...
tú no harás carrera de él,
como ántes no se desfogue.
Yo le dejaria hacer
cuanto le diera la gana,
porque así, tal vez, mañana
se cansará de correr.
Ant. Pero, hombre, ¡más libertad
de la que yo le concedo,
y, sin embargo, no puedo
lograr nada!...
Rufino. Eso es verdad.
Ant. Por esa misma razon,
ya de su genio aburrido,
hoy me encuentro decidido
á darle una ocupacion.
Vengo de ver á Llorente,
el secretario de Estado,
y Luis será colocado
en un destino decente.
Rufino. ¿Con que ya distes el paso?
Si aquietarle consiguieras...
Ant. Y luégo, como tú quieras,
el mes que viene le caso.
Rufino. ¿Le casas?
Ant. Si, con tu chica.

El lazo matrimonial
hace al hombre más formal.

RUFINO. Sí, la mujer domestica,
y si no dígalo yo,
que era más malo que un trueno,
y el matrimonio fué el freno
que al fin me domesticó.

ANT. Si quierès, pues, que arreglemos
el negocio sin testigos,
como dos buenos amigos
hablemos del caso.

RUFINO. Hablemos.

ANT. ¿Tú tienes inconveniente
en que se casen los dos?

RUFINO. Por mí, que los haga Dios
dichosos; si ella consiente...

ANT. Es claro.

RUFINO. Pues como á Ines
el casamiento le aflija
no la caso, que mi hija
es ántes que el interes.
Aunque yo, por lo que he visto,
creo que mal no le cuadre;
pues ya sabes tú que un padre
siempre tiene el ojo al Cristo.
Y entre los dos observé
simpatías y cariño...

ANT. Le conoce desde niño,
no es extraño.

RUFINO. Ya se ve.

ANT. Lo dicho.

RUFINO. Dicho se queda:
si á la chica le acomoda,
arreglaremos la boda
lo más pronto que se pueda.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, por el foro

LUIS. Hola, señor don Rufino.
Adios, querido papá.

ANT. Ven aquí, mala cabeza.
LUIS. ¡Cómo!...
ANT. Tenemos que hablar.
RUFINO. (¡Qué lástima que este chico
no tenga el genio de Juan!)
ANT. Me tienes muy enojado.
LUIS. ¿Yo?... ¿Por qué?
ANT. Porque te vas
sin decir una palabra.
RUFINO. ¡Quién se acuerda de eso ya!
ANT. Abraza á este caballero.
LUIS. Con mucho gusto. (Abraza á D. Rufino.)
RUFINO. ¡Truhan!
¡Al fin te llevas la chica!...
LUIS. ¿Qué chica? (Distraido.)
RUFINO. (Asombrado.) ¡Me gusta!
LUIS. ¡Ah!...
Ya caigo. ¿Se habla de Ines?...
¡Otro abrazo! (Le abraza.)
RUFINO. (Rechazándole.) (¡Me va á ahogar!)
LUIS. Soy el hombre más feliz...
el más dichoso mortal...
¿Con que me caso?... ¡Oh, ventura!
Corro á verla.

(Se dirige hácia el cuarto de Ines. D. Rufino se interpone.)

RUFINO. ¿Dónde vas?
LUIS. Á verla.
RUFINO. Se está vistiendo,
y no puedes...
LUIS. ¡Qué más da!
¿No ha de ser pronto mi esposa?...
Hoy ó mañana es igual.
ANT. Mira, Luis, todas las cosas
hechas con método y plan,
salen mejor acertadas.
LUIS. ¿Salen mejor?...
RUFINO. Claro está.
ANT. Ahora va á salir Ines.
LUIS. ¡Oh dicha!
ANT. Déjame hablar.
El señor, su hija y su hermana
dentro de poco se irán

á dar un paseo... y tú
les puedes acompañar.
Por el camino procura
ganarte su voluntad:
y cuando sepas si Ines
te quiere... como ya está
don Rufino en el negocio,
pides su mano, formal,
y dentro de algunos dias
os llevamos al altar.

LUIS. Todo lo que usted me dice
me parece natural...
pero corra usté á buscarla,
don Rufino.

RUFINO. Voy allá;
pero ¿serás hombre grave?

LUIS. Sí, señor; grave y formal,
silencioso, taciturno,
lo que ustedes quieran... más
aun de lo que quieran. Pero...
¿no se va usted?

RUFINO. Voy. ¡Qué afan!
(Como cumpla su palabra,
del mal el ménos.) (Entra en el cuarto de Ines.)

ESCENA XIV.

D. ANTONIO, LUIS.

LUIS. Papá,
es usted el más amable
de todos cuantos papás
fueron sembrando esa prole
que se llama humanidad.
Deme usté un abrazo. (Le abraza.)

ANT. Luis,
basta ya de divagar.
He visto al señor Llorente,
y muy en breve tendrás
el destino.

LUIS. (Como pensando.) ¿Qué destino?

ANT. Hombre, ¿no te acuerdas ya
de lo que hablamos há poco?
LUIS Pero, señor... ¡por piedad!
¡Yo empleado!... ¡Yo sujeto
á un cambio ministerial!
Expuesto á verme cesante
y á tener que mendigar
los favores de un portero...
¡pues no me faltaba más!
ANT. Pero, muchacho, ¿te olvidas
que tú mismo...
LUIS. ¡Bah, bah, bah!
Yo no tengo vocacion
para empleado. ¡Á mi edad
encerrarme en la oficina!...
Eso fuera criminal.
ANT. Pero, Luïs, ¿tú estás loco,
ó es que quieres acabar
conmigo?
LUIS. Pero, señor,
cuando matándose están
allá en los campos del Riff
por el honor nacional
nuestros valientes soldados,
con mi genio y con mi edad,
¿cree usted que es decoroso
que yo me ponga á extractar
expedientes?...
ANT. ¡Pero, Luis!...
LUIS. Dispénseme usted, papá;
pero yo estoy decidido,
y quiero ser militar.
Mi resolucion es firme;
sabe usted que soy tenaz,
y que muy pocos me ganan
á fuerza de voluntad.
En fin, voy á sentar plaza,
si á usted no le viene mal;
pero le juro que pocos
conmigo se han de igualar.
O me matan, ó hago suerte,
que al fin la marcialidad

de mi cuerpo, la energía
de mi corazon, están
pidiendo á gritos...

ANT. (La jaula.)

LUIS. La faja de general.

ANT. ¡Jesus, María y José!
Pero, hombre, ¿quieres callar
y no decir desatinos?

LUIS. Ya le he hablado al capitan
Fajardo, y al coronel
hoy me quiere presentar;
y despues que yo le hable,
usted...

ANT. Yo no puedo más.

(Dejándose caer en una silla.)

LUIS. Vaya, no se aflija usted,
que no se me comerán.

ANT. Luis, si quieres hacerme un
favor, tírate al canal.

LUIS. Para morir en la guerra
como un valiente. Ademas,
el estruendo del combate,
la chacota del vivac,
ver enfrente al enemigo,
oir el bronce marcial
que nos incita al combate;
lanzarse sin vacilar,
rápidos como la tromba
que empuja la tempestad,
sobre esos perros infieles;
y oir el cañon zumbar,
y luchando cuerpo á cuerpo
con el fiero musulman
caer revuelto entre sangre,
muerto de tanto matar...
¡La gloria! ¡La guerra! ¡Al África!
Tará, tatí, tará, tá.

(D. Antonio se levanta.)

ANT. Eso es lo más divertido
que se puede imaginar.
Vete, á ver si un cabo loco
ó algun fiero musulman,

de algun tajo te rebanan
el cuerpo por la mitad.

LUIS. ¡Oh! ¿Con que usted lo celebra?

ANT. ¡Pues no lo he de celebrar!

LUIS. ¡Viva España!

ANT. ¡Viva España!
¡Ay! Qué bien dice el refran,
que un loco hace ciento.

ESCENA XV.

DICHOS, INES, D. RUFINO, VIRTUDES.

RUFINO. Luis,
ya estamos todos acá.

LUIS. Ines...

INES. Estoy resentida
contigo...

LUIS. ¡Oh! No hagas tal,
pues tu enojo mataria
toda mi felicidad.

RUFINO. Con que ¿vamos á paseo?

VIRT. ¡Cuánto siento no acabar
este capítulo!

RUFINO. (Á Virtudes.) ¡Hay rayos!
(Virtudes deja el libro y lanza una mirada de desprecio á Rufino.)

VIRT. No hay rayos; hay un patan,
incapaz de sacramentos.

LUIS. ¿Vamos?

VIRT. Sí.

LUIS. Vamos allá.

RUFINO. ¿Al Retiro?

INES. A donde quieran:
me es enteramente igual.

ESCENA XVI.

DICHOS, DAMIANA, por el foro.

DAM. Ahí buscan al señorito.

LUIS. ¿Quién?

DAM. Un señor capitan.

LUIS. ¡Es Fajardo!... Adios, Ines.
INES. ¿Nos dejas?
LUIS. Adios, papá.
Don Rufino, ustedes pueden
salir, los iré á buscar.
ANT Luis...
INES. (¡Grosero!)
LUIS. ¡Oh ventura!
La patria... la dicha... la...

(Luis desaparece precipitadamente por el foro: todos se quedan extáticos mirándose unos á otros. D. Antonio hace un movimiento como para seguirle. Rufino y Damiana reprimen la risa: de pronto todos rompen en una carcajada estrepitosa. D. Antonio cae sobre una butaca y dice:)

ANT. Está visto: este muchacho
acaba en un hospital.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

VIRTUDES, sentada junto á la chimenea con un libro en la mano; INES á su lado; DAMIANA en el fondo, arreglando algo.

INES. ¡Pero, Jesus!... ¡Tia, es mucho!...
¡Usted siempre está leyendo!

VIRT. Tampoco tengo otro vicio;
y ademas, me instruyo, aprendo...
Con tu permiso.

(Sigue leyendo. Ines hace un movimiento de despecho, se levanta, ve á Damiana que se dirige á la puerta del foro, y la llama.)

INES. ¡Damiana!...
No te vayas, y hablaremos.

DAM. ¿De qué?

INES. De lo que tú quieras,
me es igual...

DAM. Sí, pues... hablemos...
de lo que usted guste.

INES. Bien...
de lo que te plazca.

DAM. Bueno;
á mí me es igual.

INES. Y á mí. (Pausa.)

VIRT. (Leyendo.)
¡Parece que lo estoy viendo!
¡Qué interes tan palpitante!
¡Qué detalles! ¡Qué conceptos!
(Sigue leyendo.)
INES. Damiana, estoy aburrida.
DAM. ¿Sí?...
INES. Como lo oyes.
DAM. Lo siento.
INES. He venido á divertirme,
y no he logrado mi objeto,
porque en esta casa, todos
están locos: ¡no hay más cuerdos
que tú y yo!... ¿Pero no hablas?
DAM. Hablaremos... hablaremos...
¡Ah, ya lo sé! De un regalo
que esta mañana me han hecho.
INES. ¿Quién?
DAM. Un amigo de casa,
un jóven, un caballero
que es mejor que el pan.
INES. ¿Sí?
DAM. ¡Vaya!
Mire usted; este pañuelo
que, por su clase, ha costado
doce pesetas lo ménos:
es de estofa.
INES. (Mirando el pañuelo.)
Y muy bonito.
VIRT. (¡Oh! ¡Magnífico! ¡Soberbio!
¡Qué lástima que Dumás
sea un poquito embustero!)
DAM. ¿Le gusta á usted?
INES. Sí, me gusta.
¿Pero quién es el sugeto
que te ha regalado...
DAM. Es...
don Juan...
INES. ¡Ah!... ¡Es él!...
DAM. Por supuesto
que no vaya usté á creer
nada malo de este obsequio.

¡Si viera usted cuán amable,
cuán complaciente, cuán bueno
es ese jóven señor
con todos!...

INES. Sí, no lo niego.

DAM. Quiere más á don Rufino...
y á usted le tiene un respeto...

INES. ¿De veras?... Dime, ¿y Luis?

DAM. Ha salido.

INES. No, no es eso
lo que pregunto.

DAM. No atino...

INES. Lo que yo decirte quiero
es, que si Luis... ¿entiendes?

DAM. Pues ahora lo entiendo ménos.

INES. (¡Qué torpeza!) Nada.

DAM. Nada...
(Quiere andarse con rodeos...)

INES. ¡Damiana!

DAM. ¿Qué manda usted?

INES. Nada.

DAM. ¡Nada! (Ya te veo.)

ESCENA II.

DICHOS, JUAN y un mozo que trae unos libros, una pecera de cristal con peces de colores, y un baston-caña de pescar.

JUAN. ¿Se puede?...

DAM. ¿Quién?

INES. Adelante.

DAM. ¡Ay! ¡Qué bonitos!...

INES. ¿Qué es eso?

JUAN. Peces de color.
(Indica al mozo que deje los objetos sobre la mesa y que se marche.)

VIRT. (Dirigiéndose á Juan.) A ver...
¿Se ha acordado usted de aquello?

JUAN. Le traigo á usted veinte tomos
de novela... Con que creo...

VIRT. Es usted lo más amable...
A ver...

(Juan le indica los que habrá dejado el mozo encima de la consola. Virtudes corre allí y los examina.)

INES. ¿Y para qué es esto?...

(Señalando el bambú.)

JUAN. Es la caña de pescar

(Juan arma la caña de pescar, y luégo de enseñarla, la deja al lado en la chimenea.)

con todos los aparejos
para el señor don Rufino;
porque si mal no recuerdo,
es aficionado.

INES. Mucho.
Se va á poner más contento...

VIRT. ¡Vaya una aficion bonita!

JUAN. Segun parece, ¿en el pueblo
hay pesca?

VIRT. Hay tres lagunas...
cuando llueve en el invierno.

INES. Y esta caja, ¿qué contiene?

JUAN. Mire usted, un catalejo
para don Rufino.

(Lo saca y se lo presenta á Ines.)

INES. A ver.
Buenos cristales... (Mirando con el anteojo.)

JUAN. Por eso
lo compré.

INES. ¿Pero estos peces?...

JUAN. Si usted no se enoja, quiero
los admita como prueba
de la amistad que le debo.
Yo sé que usté en Albacete
tiene un jardin.

INES. En efecto.

JUAN. Que hay una fuente...

INES. Es verdad.

JUAN. Donde usted puede tenerlos,
por cuya razon me tomo
la libertad...

INES. Los acepto.

JUAN. Ahora falta lo mejor.

INES. ¿Trae usted más?

JUAN. *El Correo*

(Saca el periódico y se lo entrega.)
de la moda. Usted me dijo...
(Saca de uno de los bolsillos el citado periódico.)

INES. (Lleva un almacen de géneros
en sus bolsillos.) Mil gracias.

JUAN. Bonito traje, ¿eh? (Mirando al figurin.)

INES. ¡Soberbio!

VIRT. Mire usted, la mayor parte (Bajando al proscenio.)
los he leido. (Por los libros.)

JUAN. Lo siento.
Traeré más.

DAM. Es muy fino, (A Ines.)
¿no es verdad?

VIRT. (Leyendo.) *El Bandolero*,
tres tomos... no la conozco;
La Caverna de los Negros.

JUAN. (¿Hay novedades?) (A Damiana.)

DAM. (A D. Juan.) (Ninguna.)

VIRT. ¿Pero no toma usté asiento?

JUAN. Señoras, yo sentiria
molestar...

INES. ¡Oh! Nada de eso.

JUAN. Entónces... (Se sienta.)
¿Va usté esta noche
al teatro?

INES. Yo no puedo
asegurar; mas mi padre
creo que tiene el proyecto
de ir al Príncipe.

JUAN. ¿Y Luis?

INES. Salió.
(Juan va á dirigir la palabra á Ines, y se detiene.)

JUAN. (Soy un majadero.
Siempre que estoy á su lado
me aturdo, me desconcierto,
y este es el peor camino
para llegar á mi objeto.)

VIRT. ¡Jesus, entre tanto fárrago,
ni un original encuentro!
Mucho se traduce.

JUAN. Mucho,
ya lo ve usted.

VIRT. Ya lo veo.
Yo admiro esos escritores
que agotan todo su genio
en traducirnos las obras
de allende los Pirineos,
sólo porque las leamos
los que el frances no sabemos. (Sigue leyendo.)

JUAN. La encuentro á usted triste... (A Ines.)

INES. (Distraida.) ¡A mí!

JUAN. Digo... me parece al ménos... (Pausa.)

DAM. Si usted no me necesita,
yo me voy por allá dentro.

INES. Puedes irte.

DAM. (Bajo á Juan.) Apriete usted.

JUAN. (Dices bien, haré un esfuerzo.)
Pues bien, Ines...

ESCENA III.

DICHOS, D. ANTONIO, puerta segunda.

ANT. ¿No ha venido?

JUAN. (¡Qué oportunidad de viejo!)

INES. No, señor.

ANT. Segun parece
habrá ido recorriendo
todo Madrid.

VIRT. (Leyendo.) El lenguaje
no parece muy selecto:
pero hay interes.

ANT. ¿Y el Duque,
sigue bien?

JUAN. Siempre tan bueno.
A propósito, me ha dado
para usted... Aquí lo tengo,
los seis mil duros...

ANT. Acciones
de carreteras...
(Lo deja sobre la mesa y extiende un recibo.)

JUAN. (A Ines.) Deseo
hablar con usted á solas

y confiarla un secreto.

ANT. El recibo...

(Levantándose de la mesa y entregándole un papel, que Juan guarda en su cartera.)

JUAN. Si no hay prisa.

ANT. Y dígale usted que espero
darle muy buenas noticias
de la mina *No te encuentro.*

ESCENA IV.

DICHOS, D. RUFINO, foro.

RUFINO. Dios guarde á ustedes, señores,
y con permiso. ¡Estoy muerto! (Sentándose.)

INES. ¿Ha paseado usted mucho?

RUFINO. ¡Mucho!... Ya ves cómo vengo.

ANT. ¿Y Luïs?

RUFINO. ¡Échale un galgo!

ANT. ¡Cómo!

RUFINO. Mas yo te prometo
que otra vez, para salir,
ántes alquilo un gallego;
porque lo que es con tu hijo,
francamente, va uno expuesto
que al revolver una esquina,
si te he visto no me acuerdo.

ANT. Pero, hombre, ¿qué ha sucedido?

RUFINO. Antonio, te compadezco.

INES. ¡Pero hable usted!

ANT. Hombre, acaba
de una vez.

RUFINO. Oye el suceso.
Cogidos ámbos á dos
del brazo con gran cordura,
íbamos á la ventura
por esas calles de Dios.
Sobre su genio le hacia
una y otra reflexion;
«tiene usted mucha razon,»
á todo me respondia.
Y hasta llegó á confesar

que muy poco cuerdo anduvo
con la manía que tuvo
de querer ser militar:
y haciéndome un juramento,
dijo: «Desde hoy, don Rufino,
» emprenderé otro camino».
¡Pero hombre!... En aquel momento
que me hablaba tan formal,
junto á una esquina parado
se queda, á donde pegado
habia un cartel bestial.
Nos pusimos á leer
aquel programa infinito;
mas de pronto lanza un grito,
se suelta y echa á correr.
La idea se me ocurrió
de seguirle: inútilmente;
como habia tanta gente,
al fin se me escabulló.
Al principio esperé allí
su vuelta... una hora mortal:
me cansé, y le dí un real
á un mozo, y me trajo aquí.

JUAN. Es mucho chico...

ANT. En resúmen,
¿te dejó solo?

(Rufino afirma con la cabeza.)

VIRT. (Leyendo.) «*El Corcel*,
capítulo...»

RUFINO. Yo con él
ya no salgo aunque me emplumen.

ANT. ¿Y el palco, le compró?

RUFINO. ¡Ca!

VIRT. (Leyendo.)
Este trozo es excelente.

JUAN. Yo tengo uno casualmente
en el bolsillo. Aquí está. (Dándole.)

RUFINO. Este hombre es un almacen.

JUAN. Si le ofende...

RUFINO. No me enojo.

INES. Tambien trajo este anteojo.

RUFINO. Si... (Mirándole.)

INES. Y esto... (La caña de pescar.)
RUFINO. (Por los peces.) ¡Y esto tambien!
Segun por lo que aquí se halla,
nadie hay que á dudar se atreva
que usté en los bolsillos lleva
una tienda de quincalla.
¡Buena caña!... ¿Y tú no pescas?
(Á Antonio.)
ANT. No.
RUFINO. ¡Qué caña! ¡No habrá muchas
como ella!... ¡Lo que es las truchas
este invierno, ya están frescas!
Digo, digo, y ¡qué aparejo!
VIRT. Oye este pasaje, hermano.
RUFINO. Vuelvo. (Dejando la caña.)
JUAN. (Creo que me gano
las simpatías del viejo.)
(D. Rufino dejó la caña encima de la consola.)

ESCENA V.

DICHOS, LUIS, por el foro.

LUIS. Loco vengo de contento.
ANT. ¡Vienes loco!... Es natural:
casualmente ese es tu mal.
LUIS. ¡Oh!... ¡Qué triunfo!... ¡Qué talento!...
¡Si yo me he quedado extático
al mirar su nombre escrito!
Lo dicho, papá: Benito
es todo un autor dramático,
pues ya su sien coronada...
¿Ustedes no saben?...
ANT. Yo
nada... (Se sienta.)
INES. ¡Ni yo! (Se sienta.)
RUFINO. ¡Ni yo! (Se sienta.)
LUIS. ¡No!...
ANT. ¡Aquí no sabemos nada,
nada!... ¿Lo ha entendido usté?...
LUIS. ¡Nada!... Pues, señor, me extraña...

¡Si lo sabe toda España!...
En fin... yo lo contaré...
Mi amigo Benito Bustos
ha hecho ejecutar un drama
que le está dando más fama,
más dinero y más...

RUFINO. Disgustos.

LUIS. Está usted en un error:
de su misma casa vengo,
y pruebas muy claras tengo
de lo contrario... El autor,
de poetas rodeado
que celebran su talento,
vive feliz y contento
por el aplauso arrullado.
Ninguna pena le inquieta;
es chico que medrará.
Pero... ¡qué vida, papá!
¡Qué vida la del poeta!...
Trasmitir las impresiones
que arden en su altiva mente,
del público inteligente
en todos los corazones.
Verle anhelante, intranquilo,
aplaudir entusiasmado
hora un rasgo inesperado
ó una belleza de estilo;
y llegarle á fascinar
sin que pueda resistir
el deseo de aplaudir,
y lo que es más, de llorar.
Y en fin, tener el poder
con su ingenio creador
de trasmitir el dolor,
de derramar el placer,
de adquirir fortuna, fama,
gloria, nombre esclarecido...
Papá, yo estoy decidido,
voy á componer un drama.

(Se dirige á la mesa, se sienta, arregla unos papeles y escribe haciendo gestos y ademanes. Todos le miran con asombro.)

ANT. (Como hablando consigo mismo.)

¡Loco!... Loco rematado.

VIRT. (Con entusiasmo.)
Y lo escribe bien; de fijo.

ANT. (Paseándose por la escena.)
¡Señora!...

VIRT. Deje usté á su hijo;
¿no ve usted que está inspirado?

RUFINO. Pues sólo eso necesita...

VIRT. Tengo razon...

JUAN. Me da pena.

RUFINO. ¿Y si la obra no es buena
y le encajan una grita?...
Se cubre entónces de luto,
y el público descontento
dice: «Con tanto talento,
»¡qué lástima!» ¡Y es tan bruto!

LUIS. (Dirigiendo la palabra á D. Rufino, y escribiendo al mismo tiempo.)
¿Y si yo lograra hacer
un gran plan?

ANT. ¡Por Belcebú!
¿Qué planes has de hacer tú?

LUIS. Ya tengo el título.

VIRT. ¡A ver!...

LUIS. (Leyendo en un cuaderno de papel.)
Tirano, monstruo y vampiro
del mar Glacial...

ANT. (Tapándose los oidos.) Por favor...

LUIS. *O el más infeliz amor.*

ANT. ¡Y no hay quien le pegue un tiro!

RUFINO. Pues eso del mar Glacial
en la Mancha gustaria.

LUIS. La admiracion causaria.

INES. Es muy claro... (Reprimiendo la risa.)

JUAN. Es natural.

ANT. Responde, infeliz: ¿no ves
en tu ofuscada razon
que eres una admiracion
con dos manos y dos piés?

LUIS. ¡Pero esto es mucho, señor!

ANT. No hablemos más de este asunto.

LUIS. Pero...

ANT. Nada... hagamos punto
final.
LUIS. Pero...
ANT. Hazme ese favor. (Se marcha.)
RUFINO. (Es un mozo incorregible.)
LUIS. (Y me echan la culpa á mí...)
Vamos, con un padre así
no haré nada... es imposible.
Ines, convence á papá.
INES. ¿Yo?... ¡Dios me libre!
LUIS. ¡Qué escucho!..
INES. ¡Adios!... Que trabajes mucho
en tu drama. ¡Já, já, já!
LUIS. ¡Se rie!
INES. (A Juan.) Juan, ¿vendrá usted
al teatro? (Habla en voz baja con Juan.)
LUIS. (¡Como me exalte!)
JUAN. No es posible que yo falte...
INES. ¡Puntual!
JUAN. ¡Oh! No faltaré.
(Ines saluda y entra en su cuarto con Damiana.)
RUFINO. Mira, Luis, te aconsejo
una tormenta en el mar,
que allá iremos á silbar
todos... (Se rie.)
LUIS. (¡Me carga este viejo!)
RUFINO. ¡Ah! Pon puñal y veneno.
¡Já, já! (Entra en su cuarto.)
LUIS. ¡Le hace á usted reir!...
JUAN. Yo te prometo aplaudir
en la noche de tu extreno.
¡Já, já, já! (Entra en el cuarto de D. Rufino.)
LUIS. (Conteniéndose.) Pues si el furor
estalla al fin que aquí siento... (El pecho.)
VIRT. (Acercándose á él.)
Jóven, tiene usted talento;
hágase usted superior.
LUIS. Señora...
VIRT. Usted es poeta,
yo soy algo inteligente:
desprecie usted á esa gente,
nadie en su patria es profeta.

ESCENA VI.

LUIS, DOÑA VIRTUDES.

LUIS. ¡Esta mujer me comprende!...
Me comprende... sí, señor;
me lo dice la energía
con que aquí me defendió.
(Á Virtudes.)
¿Lo está usted viendo, señora?
Por más que vierto el fulgor
de mi inteligencia en ellos,
no me entienden, se acabó.
VIRT. No es usté el solo en el mundo...
LUIS. Ya lo creo; quiso Dios
que fuéramos tanta gente...
VIRT. No digo eso...
LUIS. ¡Aaah!
VIRT. Digo yo
que otros séres como usted
viven de su corazon,
sin que nadie les comprenda,
sin escuchar una voz
amiga que les responda
á los suspiros y á los...
¡Qué bien que pintó esto Karr!
Mejor que Walter Scott.
Y eso que el divino Walter
para eso de descripcion...
¿Con que decididamente
usted quiere?...
LUIS. Ser autor.
Quiero ver lo que es el mundo
mirado tras un telon.
Quiero que cuando me saquen,
porque esto es ya de rigor,
piden que salga el poeta,
como si fuera un leon,
para verle y decir luégo
si es jóven, si es calvo ó no,

la dama me mire tierna,
me aplauda el apuntador,
que á mis piés, hecho una ostra,
está en aquel tornavoz;
y que hable de mí la prensa,
y en todo el radio español
con su trompeta la Fama
pegue un soplido feroz.
En cuanto al plan de la obra,
eso es cosa de cajon.
Fijo la vista en un punto,
me fumo un cigarro ó dos,
reconcentro las ideas,
prenso la imaginacion,
me bebo á sorbos pausados
una copa de licor
y urdo una intriga dramática
que ni el mismo Calderon.
Voy á darle á usté una prueba.
Una niña y su tutor;
don Tello y don Juan, galanes;
su criado, Melocoton.
El conde García, tuerto,
enamorado y traidor;
una dueña y dos esbirros
de la santa Inquisicion.
El tuerto quiere á la chica,
la chica dice que no,
el tutor no dice nada,
porque no es muy hablador.
Don Tello y don Juan se pegan,
el conde escapa veloz;
pero al volver una esquina
le coge la Inquisicion.
La chica casa con Cristo,
para casarse mejor.
La dueña, desesperada,
se tira por el balcon.
Pongo aquí una moraleja,
é invoco el nombre de Dios.
Los amigos, que ya esperan
la caida del telon,

gritan mudando de tono:
(Mudando la voz.)
« ¡El autor!... ¡Salga el autor!... »
Entónces sale el galan
y dice con emocion
adelantándose... «La obra
que hemos tenido el honor
de ejecutar esta noche,
es original de don...»
y ántes que acabe... «¡Que salga!»
gritó un amigo veloz,
temeroso de que fragüe
el público algun complot.
Saluda... se va hácia el foro,
entra... y salimos los dos.
Él dice con ademanes:
« Yo no he hecho nada... el autor... »
y el autor dice: «Señores,
cuidado, que no soy yo.»
Y así los dos ofreciéndose
aquel triunfo halagador,
y andando cual los cangrejos
hácia tras... baja el telon,
y aturdido, mareado
de uno en otro bastidor,
me llevarán en bolandas,
exclamando: «¡Ah! ¡Uf! ¡Oh!»
Y entónces, agradecido
de aquel éxito feroz,
regalo á la dama un moño,
doy al galan un baston,
un almuerzo á mis amigos,
un petardo al editor;
pongo mi fotografía
junto á la Puerta del Sol,
y ya soy lo que se llama
un conocido escritor.

VIRT. ¡Oh alma grande! ¡Cuál conoce
de este siglo seductor
las mentiras y los *puf*,
que están siempre haciendo *pof*.
Profundo como Balzac,

fértil cual Victor Hugó,
cual Federico Soulié
tierno de imaginacion,
llegará usté á donde quiera.

LUIS. Muchas gracias.

VIRT. Sí, señor.

LUIS. (¡Qué alma tiene esta mujer!
¡Qué ternura! ¡Qué pasion!
El alma es una gran cosa,
sí; ¡pero el cuerpo es atroz!)

VIRT. Cuando tenga usted un acto,
don Luis, reclamo el honor
de escucharle la primera.
Me está dando el corazon...

LUIS. ¿Qué le da á usted?

VIRT. Muchas cosas,
y todas buenas.

LUIS. Mejor.
El mio no me da nunca
más que alguna desazon.

VIRT. Porque es jóven todavía
y no ha recibido el sol
del amor de una mujer;
y como que es una flor,
segun dice Ana Radcliff
en su *Castillo de Horgobh*,
la flor sin sol y sin riego...

LUIS. (Vaya si tiene razon.)
Cúideme usted este tiesto,
(Señalando al corazon.)
hágame usté ese favor.

VIRT. ¿Cómo?

LUIS. Como que la amo.

VIRT. ¿Por qué razon?

LUIS. Sin razon,
pues si en el amor la hubiera
ninguno tendria amor.
El caso es que yo la quiero.

VIRT. ¡Tan pronto!...

LUIS. De sopeton.
Y dígame usted que sí,
no me diga usted que no,

porque con ese desden
seca mi imaginacion.
Ni comenzaré mi drama,
ni pedirán al autor,
ni pondré mi vera efigie
junto á la Puerta del Sol,
ni seré lo que se llama
un conocido escritor.
Hágalo usted por la obra...

VIRT. (De caridad digo yo
que me la haces, y no floja.)
Ya ve usted, Luis, el pudor...

LUIS. Míreme usted á esos piés
rompiéndome el pantalon.
¿Qué me dice usted?...

ANT. (Entrando.) ¡Muchacho!

RUFINO. ¡Hola!

VIRT. ¡Que hay gente, por Dios!
(Sale precipitadamente.)

ESCENA VII.

LUIS, ANTONIO, D. RUFINO.

ANT. Pero hombre, ¿tú te has propuesto
acabar conmigo?...

LUIS. No.
Necesito á esa mujer,
la necesito.

ANT. ¡Qué horror!
¿La has visto bien de perfil?

LUIS. ¡Tiene una imaginacion!...
Ya verá usted cuántas obras
hacemos entre los dos.

ANT. ¡Imposible!

LUIS. ¿Como qué?

ANT. Ines...

LUIS. ¡Que me despreció!
¡Ines que prefiere un traje
de *moiré antique* á mi amor!
Ines, que cuando se lava
se da con polvos de arroz...

RUFINO. Oiga usted, eso es mentira,
que se lava con jabon.
LUIS. Que á cuanto yo digo *sí*,
se planta ella y dice *no*.
En fin, criada en un pueblo...
no puedo amarla.
RUFINO. Mejor;
porque te aseguro, hijo,
que eras una proporcion...
LUIS. Ella se lo pierde.
RUFINO. ¿Qué?
LUIS. ¿Un poeta como yo
con una loquilla?...
ANT. ¡Mira
que te rompo el esternon!
LUIS. ¡Amenazas!...
ANT. ¡Soy tu padre!
LUIS. Yo he cumplido veintidos,
y ya me canso de estar
viviendo en la Inquisicion.
Aquí se mata mi ingenio,
aquí se apaga mi voz,
y en fin, papá, yo la quiero...
RUFINO. Luisito...
LUIS. Haga usté el favor
de no hablarme.
ANT. ¡Deslenguado!...
Le dejo, porque si no
hago una barbaridad.
Vamos. (Vase con D. Rufino.)
LUIS. Vaya usted con Dios.

ESCENA VIII.

LUIS, solo.

Por no querer el cilicio
de Ines, soy inconsecuente...
Pero, señor, esta gente
no tiene chispa de juicio.
Casarse, es un grave paso
que debe verse primero...

yo me casaré... si quiero,
porque si no no me caso.
Mi padre me predicó...
tan poco el sermon entiendo,
que de todos voy creyendo
que el más juicioso soy yo.
No hay un muchacho en España
más propenso á la indulgencia...
¡Si tengo tanta paciencia
como un pescador de caña!

(Reparando en la caña de pescar.)

¿De dónde salió este avío?...
Me viene en este momento
de perilla. ¡Cuánto siento
que esté tan léjos el rio!...
Es verdad que allí... aunque fuera,
como no pesque un pañal,
ó un pañuelo... ménos mal,
pescaré en esta pecera.
Para cebo, me conviene
una oblea, sí, esto es;
voy á ver si pesco á Ines
todos los peces que tiene.

(Se sube en una de las mesas, y desde allí pesca en la pecera, que estará encima de la chimenea.)

ESCENA IX.

LUIS, INES.

INES. Yo le necesito hablar.
LUIS. ¡Qué posicion tan tranquila!
INES. Un desaire me horripila.
LUIS. ¿Si empezarán á picar?...
INES. Luis, ¿qué te haces ahí tan fresco?
LUIS. ¿Pues no lo estás viendo, Ines?
INES. Yo tengo que hablarte.
LUIS. Pues
estoy ocupado: pesco.
INES. ¡Sí, pues te das buena maña:
estás tan serio y tan feo!...

¿Qué demonios miras?

LUIS. Creo
que se me tuerce la caña.

INES. Escucha con atencion
lo que te voy á decir,
te lo ruego.

LUIS. Bien: oir
no quita á la profesion.

INES. Aunque sé lo que me debo
por mi clase y mi belleza,
te quiero hablar con franqueza.

LUIS. Un pez ya codicia el cebo.

INES. Soy jóven, soy bella y rica;
más de un jóven de buen talle
ha estado haciendo en mi calle
cierto animal...

LUIS. ¡Ay, que pica!

INES. Pero yo, que en tí pensaba,
porque yo pensaba en tí,
á todos mis novios dí
pasaporte.

LUIS. ¡Ay, que se clava!

INES. Y aunque agena de mi edad
tanta formalidad sea,
quiero hablar...

LUIS. ¡Pícara oblea!

INES. Con mucha formalidad.
Tu excesiva ligereza
no es un falso testimonio.
Luis, mira que el matrimonio
te hará sentar la cabeza.
El hombre desde el nacer,
tras un dolor tan profundo,
en cuanto es en este mundo
es hijo de la mujer.
De ella nace, de ella vive
en la infancia, de ella luégo
se quema en amante fuego,
y de ella el amor recibe.
Por ella á la gloria va,
por ella quiere la vida;
si está enfermo, ¿quién le cuida?

Sus hijos, ¿quién se los da?
Ella es quien vela afanosa
por su dicha desde niño,
que no hay un tercer cariño
como el de madre y de esposa.
Y de cuanto él llega á ser
en la guerra ó en el arte,
lo mejor, la mayor parte
es la mujer, la mujer.
Y tras de tanto favor
de quien su dicha preside,
la pobre mujer, ¿qué pide?
amor, un poco de amor.
Y eso se le niega... ¡Ah!
No vale un grano de anís
el que no concede, Luis,
un poco á quien tanto da.

LUIS. Calla por Dios, criatura,
sobrado te entiendo ya;
pero me dedico á la
amena literatura.
Y aunque me pese tu pena,
digo, para que no dudes,
que si yo pesco á Virtudes...

INES. Pescarás una ballena.
Bueno: tu propio castigo
llevarás en tu pecado:
deseo verte casado
con ella, y ella contigo.

LUIS. Me alegro.

INES. Y ten entendido
que al casarte con Virtudes,
como no haga Dios que enviudes,
morirá en tí tu apellido.

LUIS. Corriente.

INES. Y se reirán
todos de tí.

LUIS. ¡Y á mí, qué!...

INES. Y despues me casaré,
para que rabies, con Juan.
Y ojalá, porque corone
tu dicha, que, á más de fea,

vieja y ridícula... sea...
¡Jesus!... Jesus me perdone.

LUIS. ¡Amen!—Mas, hija, me extraña
tu carácter.

INES. ¡Ay!... Yo sudo.

LUIS. Haz como yo, pacienzudo
como un pescador de caña.

INES. (Vamos, yo me voy á ahogar.)

LUIS. Ines, hoy de varios modos
en el mundo pescan todos.
¡Oh, gran arte el de pescar!

INES. ¡Papá! (Dando un grito.)

LUIS. (Ya pide socorro.)

INES. ¡Papá!

LUIS. (Ya se desespera.)
Hoy me compro una chistera,
un aparejo y un gorro.

ESCENA X.

DICHOS, D. ANTONIO, D. RUFINO y D. JUAN.

RUFINO. ¡Hija!

JUAN. ¡Ines!

RUFINO. ¡Mas tú llorando!...

LUIS. Llorando de amor por mí.

ANT. ¡Y tú tan tranquilo!

LUIS. Sí.
Yo, ya lo ve usted, pescando.

INES. Yo no lloro por su amor,
le desprecio...

RUFINO. Muy bien dicho.

ANT. Baja, Luis.

JUAN. (¡Vaya un capricho!)

LUIS. Pero...

JUAN. Baja... Hazme el favor,
porque si no, soy capaz...

(Luis baja, pero sin soltar la caña, que la debe llevar hasta el final del acto cogida con una mano y á discrecion sobre el hombro.)

LUIS. ¿De qué?
ANT. (Asombrado.) ¡Pues no me provoca!
LUIS. Es que yo...
ANT. Cierra esa boca;
tengamos la fiesta en paz.
JUAN. (Á Ines.)
(¿Le ha ofendido á usted?)
INES. (Á Juan.) Un poco.
JUAN. (Yo que la respete haré...)
INES. (¡Bah! Don Juan, déjele usté:
¿quién hace caso de un loco?)
(Hablan en voz baja.)
ANT. Ven acá. (Á Luis.)
LUIS. Vamos á ver.
¿Qué es lo que usted se propone?
Sepamos...
ANT. ¡Dios me perdone!
¿Si querrá razon tener?
LUIS. ¿Si la tengo?... Claro está.
Veo que usted se ha empeñado
en hacerme desgraciado,
y por fin lo logrará.
Mata usted mi inspiracion,
me trata usted de mal hijo;
pero usted será, de fijo,
causa de mi perdicion.
Pero no importa, adelante;
y pues quiero entrar en caja
y usted por do quier me ataja,
seré un pillete, un tunante,
un gandul, un calavera,
un borracho, un pendenciero,
un petardista, un fullero,
hasta que enferme y me muera.
Y en fin, pues la autoridad
paterna así me disfama,
voy á ser lo que se llama
un jóven calamidad.
ANT. ¡Va á ser causa de mi muerte!
Vete de casa, pues creo...
RUFINO. Pero, hombre...
LUIS. Vaya usté á paseo.

ANT. ¡Hum!... Me voy, no quiero verte. (Vase.)
RUFINO. Pídele perdon.
LUIS. ¿Quién?
RUFINO. ¡Tú!
¡Porque si en cólera monto!...
LUIS. Oiga usted, manchego tonto,
á mí no se me hace el bú.
RUFINO. ¡Insolente!... ¡A tu padrino!...
LUIS. ¡Qué padrino!
RUFINO. ¡Deslenguado!
LUIS. ¡Viejo!
RUFINO. ¡Yo estoy sofocado!
(Juan é Ines sujetan á D. Rufino, que coge una silla amenazando con ella á D. Luis: éste alza la caña para defenderse.)
INES. ¡Padre!
JUAN. ¡Señor don Rufino!...
Pero Luis, ese lenguaje...
LUIS. (Amenazando á Juan.)
¿Y á tí quién te mete?...
INES. (Cogiendo á su padre.) ¡Oh!
RUFINO. Vámonos, porque si no...
JUAN. Hablaremos. (Á Luis.)
(Entran los tres en el cuarto de D. Rufino.)
LUIS. Buen viaje.

ESCENA XI.

LUIS, luégo DAMIANA.

LUIS. ¡Con que me despiden! ¡Bien!
¡Damiana! (Llamando, y sale por el foro.)
El saco de noche.
Mete en él cuatro camisas,
el frac y unos pantalones,
y espérame en la antesala.
DAM. Pero, señorito...
LUIS. Oye:
¿tú tienes dinero?
DAM. Yo,
ya lo sabe usted, soy pobre.
LUIS. ¿Pero mucho?
DAM. Es decir, mucho...

LUIS. Dilo...
DAM. Yo...
LUIS. No te sonrojes:
la pobreza no deshonra.
DAM. Tengo tres napoleones.
LUIS. Pues mételos en el saco,
y serás inglesa. Corre.
DAM. ¡Qué! No señor, yo no soy
inglesa... ¡Si soy de Móstoles,
y muy servidora suya!
LUIS. Cándida... inocente jóven,
que ignoras esa moderna
calificacion, que el hombre
da al prógimo que le asedia.
Al sér que sin más razones
que porque un dia prestó,
tal vez con rédito enorme,
se le concede el derecho
de que juzgue lo que comes,
lo que vistes, lo que calzas,
si vas á pié ó vas en coche,
si vas al café, al teatro,
si paras, si luego corres,
si fumas... y hasta del aire
que respiran tus pulmones.
Dame los cincuenta y siete,
que más vale que lo ignores.
Y cuando llegue la hora
—tú mi largueza conoces—
en vez de tres, es muy fácil
que ponga en tu mano doce.
DAM. ¿Los pongo en el saco?
LUIS. Sí.
(Vase Damiana.)
Aun hay criaturas nobles.

ESCENA XII.

LUIS; DOÑA VIRTUDES, sale y se queda junto á la puerta de su habitacion.

VIRT. ¿Don Luis?
LUIS. ¿Es usted, señora?

VIRT. Todo lo he oido.
LUIS. ¿Sí?... Entónces
escúcheme usted.—Mañana,
á esa hora en que recorren
las sabias burras de leche
con paso veloz la córte,
agobiada por el peso
de sus desdichas enormes,
habrá buscado otro mundo
la alma sensible de un hombre.
VIRT. (Su padre le precipita.)
Escuche usted, noble jóven.
LUIS. No escucho á nadie.—Este fuego
(Por el de la chimenea.)
consuma las impresiones
que mi ardiente fantasía
trasmitió á estos borradores.
(Luis coge todos los papeles que habrá sobre la mesa y los arroja á la chimenea.)
VIRT. Deténgase usted.
LUIS. (Dejando caer la plancha de la chimenea.)
Ya es tarde.
VIRT. ¡Nuevo Neron!... No te goces
en destruir lo que puede
darte un glorioso renombre.
LUIS. ¡Dios me mira!... ¡Dios es justo!
VIRT. ¡Al fuego! (Gritando.)
LUIS. No de usted voces.
VIRT. (Gritando.)
¡Que se va á matar, Rufino!

ESCENA XIII.

DICHOS, D. ANTONIO, D. RUFINO, D. JUAN, INES.

RUFINO. ¿Dónde está el fuego?
LUIS. Señores,
adios...
INES. Se marcha...
LUIS. Hasta el valle
de Josafat.
(Vase con la caña al hombro.)

ANT. ¡Luis!...
VIRT. ¡Jóven!...
Todo lo ha quemado; al fuego
por fin lanzó los borrones
que tenia en esa mesa...
ANT. ¿En esa mesa? ¡San Jorge!
VIRT. ¡En la chimenea!
ANT. (Corriendo á la mesa.) ¡Ah!
(Busca y no encuentra las acciones.)
¡Mis acciones!... ¡Mis acciones
(Corre á la chimenea.)
de carreteras!... ¡Ceniza!
¡Me perdió! Dios le perdone.
¡Seis mil duros!
TODOS. ¡Seis mil duros!
RUFINO. Pues señor, el trueno doble.
(Todos se quedan asombrados. D. Antonio se deja caer en una butaca.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. Antonio, D. Rufino.

Ant. La incertidumbre me abate.
¿Dónde estará?
Rufino. ¡Qué sé yo!
Ant. Acaso se levantó
la tapa...
Rufino. ¡Qué disparate!
¡Tu inquietud de raya pasa!
Desecha tales ideas.
Luis volverá.
Ant. No lo creas.
Rufino. ¿Qué ha de hacer fuera de casa?
Ant. ¡Aturdido! Haber quemado
con el drama seis mil duros...
Rufino. Peores fueran tus apuros
si se lo hubieran silbado.
Ant. Desde hoy crece mi secreta
aversion á la poesía.
¡Y hay padres que todavía
quieran un hijo poeta!...
Rufino. Deja ya las reflexiones.
Vamos, tranquilízate...

ANT. Ahora que me acuerdo...
RUFINO. ¡Qué!
ANT. Rufino, si no te opones,
olvidar será prudente
el pactado matrimonio
con tu hija...
RUFINO. Sí, sí, Antonio,
me parece conveniente.
Te agradezco la franqueza,
porque, al fin, he conocido
que aun tiene para marido
muy ligera la cabeza...
ANT. Es cierto.
RUFINO. Tan loco... tan...
me armaria cada riña...
y... he notado que la niña
tiene inclinacion á Juan.
ANT. Algo más vale ese novio.
¡Qué servicial! ¡Qué oportuno!...
RUFINO. Servicial... como ninguno,
y eso que á veces le agobio.
ANT. ¡Qué honrado!.. ¡Qué atento!
RUFINO. Eso
digo yo...
ANT. ¡Qué buen amigo!
¡Tan obsequioso!...
RUFINO. Eso digo
yo.
ANT. De veras me intereso
por él.
RUFINO. Dicen que alcanzó
cuanto tiene por su celo.
ANT. Será un marido modelo,
feliz...
RUFINO. Eso digo yo.
No reñiremos jamas.
ANT. ¿Por qué Dios no me habrá dado
un hijo tan aplicado?
RUFINO. Y él huérfano... ahí verás.
El que trabaja y se priva
de la holganza y el deleite,
es lo mismo que el aceite,

que siempre sube hácia arriba.
Pero el hombre que al trabajo
no quiere doblar el lomo,
ese es lo mismo que el plomo,
que siempre se hunde hácia abajo.

ESCENA II.

DICHOS, D. JUAN, por el foro.

JUAN. ¡Uf! Vengo rendido.
ANT. (Con ansiedad.) ¿Y bien?
JUAN. No le he encontrado.
ANT. ¡Oh dolor!
RUFINO. ¿Fué usté al Iris?
JUAN. Sí, señor,
ANT. ¿Y á la Zarzuela?
JUAN. Tambien.
Busqué con ánsia mortal
á su hijo todo el dia,
desde el Prado á la Armería,
desde Atocha á Fuencarral.
Pero, nada, no le encuentro,
y Madrid corrí á destajo,
por arriba, por abajo,
por afuera y por adentro,
y por...
RUFINO. Vale usté un tesoro.
JUAN. Mil gracias.
RUFINO. Lo dicho, dicho.
JUAN. Tan sólo por un capricho
hasta fuí al Campo del Moro.
RUFINO. Pues no iria usted despacio.—
¿Y qué hay por Sierra-Bullones?
JUAN. ¡Si hablo de las plantaciones
que están al pié del palacio!
RUFINO. ¡Ah!...
ANT. ¡Pronto aparecerá
su cadáver! ¡Hijo mio!...
JUAN. Cálmese usté, amigo mio;
le encontraré...
RUFINO. Basta ya.

(¿Á que se lo trae encima?)

JUAN. Fuí al colegio de San Cárlos,
y puedo tranquilizarlos.
No ví nada en la tarima.

ANT. ¿De veras?

JUAN. Yo se lo juro.

ANT. Usted calma mi tormento...

RUFINO. Fíate en su juramento:
le encontrará, de seguro.
El señor... y no es lisonja,
es un hombre extraordinario:
sabe más que un comisario,
habla ménos que una monja.
Y no hay mueble, ni artefacto,
ni dije... sea el que quiera,
que al pedírselo cualquiera
no lo presente en el acto.
Ya puedes tener antojos
y pedirle... á Satanas;
busca en el bolsillo, y... trás,
te lo presenta á los ojos.
Sin duda heredera fué
su mano lista y creadora
de la caja de Pandora
y del arca de Noé.
En fin, le admiro confuso,
y hay veces que, no te asombre,
yo creo que tiene este hombre
la magia de *Macaluso*.

JUAN. Don Rufino, usté exagera...

RUFINO. Esta es la pura verdad.

JUAN. Con fuerza de voluntad
hace lo mismo cualquiera.

ANT. Don Juan, en usted confio.
Me siento tan fatigado...

JUAN. Descanse usted sin cuidado.

(Le da el brazo y le acompaña hasta la puerta del gabinete.)

ANT. ¡Oh! ¡Gracias, amigo mio! (Entra.)

ESCENA III.

D. Rufino, D. Juan.

Juan. El pobre de don Antonio,
si no pierde la cabeza...
Rufino. Ya ve usted, tiene bastante
motivo para perderla.
Juan. ¡Luis le da tan malos ratos!...
Vea usted qué diferencia
de él á mí. Si mi buen padre
por dicha mia viviera,
¡de cuántos goces habria
rodeado su existencia!
Mas murió sin conocerle.
Rufino. Son cosas que Dios decreta,
amigo mio, y no hay más
que conformarse y paciencia.
Juan. (Ocasion más oportuna
creo que no se presenta.
¡Valor!) Señor don Rufino,
¿le gusta á usted la franqueza?
Rufino. Hombre, ¿pues no ha de gustarme?
Juan. El caso es que yo quisiera...
Rufino. Acabe usted.
Juan. Don Rufino,
las simpatías engendran
la amistad: yo las tengo
hácia usted muy verdaderas.
Rufino. Tambien usted me es simpático;
le pago en igual moneda.
Juan. Eso consiste sin duda
en que hay semejanza inmensa
entre el carácter de entrámbos.
Rufino. Pues no habrá gran diferencia:
usté es un jóven metódico,
yo tambien daré una prueba.
Mire usted, allá en el pueblo
soy hombre de mucha regla.
Mi criada ya lo sabe:
en cuanto las doce suenan,
aunque no me encuentre en casa,

pone la sopa en la mesa,
muy segura de que estoy
subiendo las escaleras,
porque á lo más, á las doce
y un segundo, yo en la puerta.
¿Es eso puntualidad?

JUAN. La mia á tanto no llega...
Pero hablando de otra cosa:
esta carta...

RUFINO. Cómo...

JUAN. Lea
usté...

RUFINO. (Abriendo el sobre y mirando á la firma.)
¡Á mí escribirme un duque!

JUAN. Sí tal, el duque de Cuenca.
Lea usted.

RUFINO. Bueno... Veamos
qué nos dice su excelencia.
(Lee.) «Señor don Rufino Nuñez.—Muy señor mio:
» Aunque no tengo el gusto de conocer á usted, tomo
» la pluma para dirigirle ésta, á instancias de mi
» apreciable amigo y administrador el jóven don
» Juan García, que prendado de las bellezas físicas
» y morales que adornan á su hija de usted...»
(Representando.)
¡Señor don Juan!...

JUAN. Continúe
usted.

RUFINO. (Te veo la oreja.)
(Lee.) « De su hija de usted, me suplica, pues carece
» de padre y yo puedo decir que lo soy para él, pida
» á usted por esposa en su nombre á su encantadora
» hija doña Ines Nuñez. Mañana, si mis ocupaciones
» me lo permiten, tendré el honor de verle en su
» casa. Aprovecha la ocasion para ofrecerse en lo
» que vale su servidor que besa su mano.—*El du-*
» *que de Cuenca.*»
(Juan se sonrie con modestia.)
Esto ha sido una encerrona.
Vaya usté á no abrir la puerta
cuando llamando está un duque,
y un duque como el de Cuenca.

Venga usté aquí, solapado.

JUAN. ¡Señor don Rufino!...

RUFINO. Y ella...
¿qué dice de?...

JUAN. Me recibe
muy amable y muy...

RUFINO. Etcétera.

JUAN. Mas sin permiso de usted,
don Rufino, no me hubiera
atrevido...

RUFINO. Mire usted,
todos los padres desean
casar sus hijos. Por mí,
como la muchacha quiera...

JUAN. ¡Oh! (Queriéndole abrazar.)

RUFINO. ¿Es decir que usted la amaba?

JUAN. ¡Si la amaba! Y es la estrella
que va alumbrando mi paso...

RUFINO. Hombre, ¿y ella se franquea?

JUAN. Creo que sí.

RUFINO. Pero ¿cómo
lo ha callado hasta la fecha?

JUAN. Creí que amaba á Luis,
y encerré mi amante pena
en el fondo de mi alma;
pues la amistad que me estrecha
con él, á mi honor obliga
á portarse con nobleza.
Mas hoy que me he convencido
que ellos no se aman, quisiera,
antes que el *sí* de la niña,
de su padre la licencia.

RUFINO. Es usté un chico excelente,
y me honra sobremanera...

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Rufino, ¿no has visto el tomo
tercero de la novela?...
(Buscando por la escena.)

RUFINO. Yo no he visto ningun libro:
ya sabes que es mi sistema
no abrir ninguno.

VIRT. Señor,
si yo le dejé en la mesa... (Busca.)
(¿Si habrá venido?... ¡Dios mio,
si no ha venido, que venga!)

RUFINO. Vamos á mi cuarto...

JUAN. Bueno.

RUFINO. Porque quiero que Ines sepa...

JUAN. ¿No fuera mejor que usted
solo...

RUFINO. Eso son pamemas.
Y despues, que yo deseo
salir pronto de esta tierra.

JUAN. En fin, no insisto...

RUFINO. (Llamando.) ¡Damiana!

JUAN. (El negocio se presenta
cual deseaba.) (Sale Damiana.)

RUFINO. (Á Damiana.) Si viene
Luis, avísame.

(Entran Juan y D. Rufino en el gabinete. Virtudes coge por un brazo á Damiana y la dice:)

VIRT. Espera.

ESCENA V.

DOÑA VIRTUDES, DAMIANA.

VIRT. ¡Damiana!

DAM. ¿Qué manda usted?

VIRT. ¿Regresó ya el señorito?

DAM. Aun no, señora.

VIRT. ¡Gran Dios!

DAM. ¿Está usted mala?

VIRT. (En lo íntimo
del corazon siento un eco
que me grita... ¡está perdido!...)
Oye, Damiana: al instante,
sin perder tiempo, es preciso

que me acompañes.

DAM. ¿Á dónde?

VIRT. Al canal.

DAM. ¿Con este frio?
Cogerá usté unas tercianas,
y luégo...

VIRT. Yo necesito
tranquilizar los dolores
de mi quebrantado espíritu.

DAM. Pues voy á llamar al médico,
y á la cama.

VIRT. Si el suicidio
acabó con ese jóven,
por tiranos perseguido,
entónces en un convento
buscaré mi último asilo...

DAM. (Esta señora está loca.)

VIRT. Damiana, ¿no me has oido,
ó no has amado en tu vida,
ó es tu corazon de risco?...

DAM. Pero, señora, si salgo,
¿quién cuidará del cocido?

VIRT. ¿Quién se acuerda de garbanzos
en estos momentos críticos?
Solo tú.

DAM. Pues está claro,
señora, ¡si ese es mi oficio!

VIRT. Prepárate, que ahora vuelvo:
voy á ponerme un abrigo.

DAM. Yo no dejo la cocina.
Pero calle usté, el domingo
iremos...

VIRT. ¡Horror, y es mártes!...

(Aparece Luis por el foro. Viene con las manos en el bolsillo: una levita muy raida, abrochada: pálido. Entra sin quitarse el sombrero, y directamente se dirige á la chimenea, coge una silla y se sienta.)

¡Cielos!... Es él... ¡qué abatido!

ESCENA VI.

DOÑA VIRTUDES, LUIS, DAMIANA.

LUIS. Damiana... mi almuerzo...
DAM. Voy.
¿Entrará usted?
LUIS. No, aquí mismo,
porque estoy helado... (Vase Damiana.)
VIRT. ¡Es él!
¡Que pálido está, Dios mio!
(Virtudes se acerca á D. Luis.)
LUIS. Muy buenos dias, señora.
VIRT. ¿Qué tiene usted?...
LUIS. Mucho frio.
VIRT. (¡Desgraciado!)
LUIS. Y mucha hambre.
VIRT. (¡Infeliz!)
LUIS. Y muy rendido.
Figúrese usted, señora:
la noche la pasé en vilo.
VIRT. ¿En despoblado?
LUIS. En la timba,
lo que viene á ser lo mismo.
VIRT. ¡La timba! Será un paraje
muy fúnebre, muy sombrío...
LUIS. ¡Qué! No señora, al contrario;
¡pues si es lo más divertido!...
¡Si hay siempre cuatro ó seis cucas
que hacen punto!
VIRT. Ya adivino...
¡la casa del crímen!
LUIS. ¿Crímen?
Señora, usted por lo visto,
y por esos aspavientos,
ni es de Madrid, ni del siglo.
VIRT. (¡Qué escucho!... ¡Sí, sí, el dolor
le ha trastornado el juïcio!)
LUIS. Pues sépalo usted: la timba
es una casa ó garito
donde van á refugiarse

catorce ó quince individuos,
y algunas viudas ilustres
que, en obsequio á sus maridos,
se les permite que rifen
una pluma... un acerico...
que apunten de á dos reales
y que fumen filipino;
pues todas son intendentas
ó cosas por el estilo.
Tampoco falta algun pego,
ni una encerrona, ni un mico;
y al pobre que se descuida
le dejan en calzoncillos.
Por no quedarme en la calle
busqué anoche allí un abrigo,
y salgo desabrigado...
hasta el gaban he perdido.
Pero Damiana no viene
y yo tengo un apetito...

VIRT. ¿Habrá usted sufrido mucho
en esa casa?...

LUIS. Muchísimo.

VIRT. Si yo hubiera estado allí,
con afan tierno y solícito...

LUIS. Allí no hace falta nada
mientras uno tiene trigo.

VIRT. ¿Se ha acordado usted?...

LUIS. ¿De quién?

VIRT. ¿De quién ha de ser?...

LUIS. No atino...

VIRT. ¡Ingrato!

LUIS. ¿Sí?... Muchas gracias.

VIRT. ¿Es usted olvidadizo?...
¡Yo he pensado en usted tanto!

LUIS. ¿Sí?... Lo celebro infinito.
Yo sólo pensé en mi cama.

(Sale Damiana con una bandeja, en donde trae el almuerzo de Luis.)

ESCENA VII.

DICHOS, DAMIANA.

LUIS. ¡Gracias á Dios!

(Arrima un velador á la chimenea, coloca encima del velador la bandeja, se sienta y comienza á comer.)

Con permiso.

(Come con mucha prisa.)

VIRT. (¡El dolor le ha trastornado!
¡Dios castigue á los impíos
que sin compasion le arrastran
al borde del precipicio!)

LUIS. ¡Están buenas las chuletas!...

VIRT. No deje usted sus instintos.
El arte... la poesía...
la gloria...

LUIS. ¡Qué pan tan rico!

(Comiendo sin hacer caso de lo que le dice Virtudes. Damiana á su lado procura contener la risa, y le sirve todo cuanto Luis le pide durante la escena.)

VIRT. El espíritu engrandece,
lo sublima...

LUIS. Échame vino.

VIRT. Y el amor de la mujer...

LUIS. Acerca esos huevos fritos.

VIRT. Ya sabe usted, don Luis,
que puede contar conmigo.
Y si alguna nueva intriga...

LUIS. Sí, sí... ¡Calle, solomillo!
¡Es un almuerzo de príncipe!
Esta chica es un prodigio
en el arte culinario...

VIRT. Pues siempre tierno... solícito
será mi amor...

LUIS. La mostaza.

(Damiana le presenta el tarrito.)

VIRT. Pues si un corazon en lo íntimo
se inflama...

LUIS. Échame agua.

RUFINO. ¡Virtudes! (Desde dentro.)

VIRT. ¡Adios! Rufino

me llama. (¡Pobre muchacho!
¡Acabarán con su juicio!) (Vase.)

ESCENA VIII.

LUIS, DAMIANA.

LUIS. ¿Qué decia esa mujer?
DAM. ¿Con que usted no ha comprendido?...
LUIS. Nada. Yo sólo me cuido
de lo esencial, de comer.
No hay como el hogar paterno.
¡Oh! Riquísimas tostadas...
Basta de calaveradas,
sobre todo en el invierno.
Y esa vieja... ¡Ahora me rio! —
¿Si pensará que me atrapa?...
¿Hay por ahí alguna capa?
porque, chica, tengo frio.
DAM. Sí, señor, en la antesala
se la dejó don Rufino.
LUIS. Ve por ella... Es del padrino.
(Damiana trae la capa, y Luis se la pone.)
Para el objeto no es mala.
DAM. Vamos, ¿qué tal se ha almorzado?
LUIS. Divinamente, Damiana:
creo que nadie te gana
en el arte del guisado.
DAM. Gracias.
(Luis se emboza en la capa llevando el sombrero puesto, y arrima el sofá junto á la chimenea.)
LUIS. Acércate acá.
DAM. ¿Qué quiere usted, señorito?
LUIS. Chica, tienes un palmito...
(Se queda mirando al sofá.)
—¡Oh! ¡Gran mueble es el sofá!
(Se deja caer en él embozado.)
¿Tienes novio?
DAM. Lo he tenido,
pues me requirió de amores
un cabo de cazadores,
que se fué al moro.
LUIS. ¿Se ha ido?

DAM. Y como una no es muy rica,
siempre está desalquilada.
LUIS. (¡Pues sí señor... bien mirada,
es muy bonita esta chica!)
¡Me gustas, Damiana!
DAM. ¡Sí!...
Don Luis, usté es muy chancero.
LUIS. Lo dicho, dicho: te quiero...
Dime, ¿me quieres tú á mí?...
DAM. Vamos, calle usted por Dios:
si nosotros no podemos.
LUIS. ¿Por qué razon?
DAM. Porque haremos
mala pareja los dos.
LUIS. ¿Y tú te arredras por eso?
Pero, mujer, si hoy en dia
ya no hay clases... ¿qué seria
habiendo la del progreso?
Ahora no es inconveniente
para prosperar la cuna;
porque hagas tú gran fortuna
no se ha de reir la gente.
Con que, yo estoy decidido:
vamos, chica, acércate.
DAM. Con el permiso de usté
daré una vuelta al cocido.
LUIS. Pero ven, mujer...
DAM. No quiero.
LUIS. Pues yo casarme prometo
contigo...
DAM. Estése usté quieto;
voy á espumar el puchero.
(Vase corriendo por el foro.)

ESCENA IX.

LUIS, solo.

¡Qué servicial y qué bella!
Sobre todo sus miradas...
En el ramo de criadas,
seguro, no hay dos como ella.
Bien mirado, es un absurdo

que cuando torne á su aldea
esa pobre chica sea
la propiedad de un palurdo.
Si el noble autor de mis dias
fuera un hombre razonable...
Pero qué... ¡si en cuanto le hable
me dirá que son manías!
Y hace frio verdadero:
bien la cuca se quejaba,
que su barómetro estaba
á tres grados bajo cero.
(Acercándose á la chimenea y embozándose en la capa.)
¡Qué bien la vida se pasa
en el seno del hogar! (Pausa.)
¡Pero es muy particular
la quietud que reina en casa!
(Se levanta, bebe un trago de vino y se vuelve á sentar.)
Y este vinillo conforta...
¡Aaah!... Pues, señor, lo confieso:
yo seré un hombre de peso
á la larga ó á la corta.
La vida de calavera
es una vida cansada... (Bosteza.)
¡Aaah!... Confieso que me agrada
Damiana... y si ella quisiera...
Ya voy entrando en calor...
y pues nadie me molesta,
la ocasion mejor es esta...
para... dormir... sí... el amor... (Se duerme.)

ESCENA X.

LUIS, RUFINO sale del cuarto de la derecha.

RUFINO. Mientras les cela la tia,
vamos á ver si llegó...
(Se dirige al foro.)
LUIS. ¡Juego! (Soñando.)
RUFINO. (Deteniéndose y mirando todo.)

¿Qué?... ¿Me pareció?...

(Sigue andando.)

LUIS. ¡Á la sota! (Soñando.)

RUFINO. (Deteniéndose.) Juraria...
que... Pues es particular...

(Escucha con atencion, y luégo dice:)

Vamos, será una aprension... (Sigue andando.)

LUIS. (Soñando.)
Va contra un napoleon
esta caña de pescar.

(D. Rufino vuelve á la escena.)

RUFINO. ¡Quién va!...

LUIS. (Soñando.) ¡El cuatro!... ¡Reniego!...

(D. Rufino se dirige hácia donde resuena la voz, y reconoce á Luis.)

RUFINO. ¡Calla!... ¡Es Luis!...

LUIS. (Soñando.) Maldita cuca;
todo el juego me trabuca.

RUFINO. ¿Qué dice de cuca?...

LUIS. (Soñando.) ¡Juego!

RUFINO. ¡Hola!... Ha jugado...

LUIS. (Soñando.) Otra prueba...
Al dos...

RUFINO. (Llamándole.) Luis...

LUIS. Vaya usté á paseo.

(Se vuelve bruscamente del otro lado.)

RUFINO. Me gusta... Pero, ¡qué veo!

(Reparando en la capa.)

¡No hay duda: es mi capa nueva!

LUIS. Damiana, te amo... Á mi amor
muéstrate una vez humana.
Dime si me amas, Damiana;
te lo pido por favor.

RUFINO. ¡Jugador y libertino!...
¡Pues es un grano de anís!

(Luis da otra vuelta y se arrolla la capa por la cabeza.)

Mi pobre capa... ¡Eh, Luis! (Sacudiéndole.)

LUIS. (Levantándose.)
¡Qué!... Buenos dias, padrino.

RUFINO. ¿Con que ama usté á la fregona?

LUIS. Sí, señor.

RUFINO. ¿Con que usted juega?

LUIS. Sí, señor.
RUFINO. ¡Y no lo niega!
LUIS. ¡Qué he de negar, si es tan mona!
¿No le gusta á usté el gracejo
y aquel palmito agraciado?...
RUFINO. ¡Calle usted, desvergonzado!
LUIS. Me olvidaba... usted ya es viejo,
y ya no es fácil que vea
lo que uno á los veinte ve.

(Luis se acerca á la chimenea y arregla el fuego. D. Rufino le coge del brazo, le conduce al proscenio y le dice:)

RUFINO. Pero, hombre, ¿se atreve usté
á tocar la chimenea?
LUIS. Pues es claro...
RUFINO. ¡Qué osadía!
LUIS ¡Pues si hace un frio bestial!
RUFINO. Luis, eres un criminal...
LUIS. ¡Criminal!...
RUFINO. ¡De sangre fria!
LUIS. ¡Don Rufino! (Acercándose á él.)
RUFINO. (Retrocediendo.) Apártate.
LUIS. ¡Pues vaya que es mucho afan!
RUFINO. Por tu carácter, con Juan
se casa Ines.
LUIS. ¡Y á mí, qué!
Logro de la dicha el colmo
si la criada me quiere.
RUFINO. ¡Necio del necio que espere
que le dé peras el olmo!
LUIS. Cuando salga el papá aquí
le hablo del caso, y en paz.
RUFINO. Pero, hombre, ¿serás capaz
de hablar á tu padre?
LUIS. ¡Sí!
RUFINO. ¡Y los seis mil... desgraciado!
LUIS. ¿Qué seis mil?
RUFINO. ¡Ya no se acuerda!
LUIS. Cómo la paciencia pierda...
RUFINO. Tu padre está arruinado.
LUIS. ¡Cómo!...
RUFINO. Dí, ¿no te horrorizas
sólo al pensar que tu mano

la fortuna de un anciano
ha reducido á cenizas?

LUIS. ¡Yo!...

RUFINO. ¡Tú! Que con los borrones
de tu drama, al fuego echaste
seis mil duros... ¡Te portaste!

LUIS. (Cogiéndole del brazo.)
¡Seis mil duros!

RUFINO. Sí: en acciones
de carreteras, que habia
sobre esa mesa.

LUIS. (Asustado.) ¡Oh!

RUFINO. Ese ha sido
el bien que nos ha traido
á casa tu poesía.

LUIS. Lo que usted dice ¿es verdad?

RUFINO. Lo mismo que soy Rufino.
A tu padre el desatino
le cuesta una enfermedad.

LUIS. ¿Con que al fin la ligereza
que todos me han reprendido,
á mi buen padre ha sumido
á su edad en la pobreza?
¿Con que por no poner tasa
á mi imbécil travesura,
he sembrado la amargura
y el dolor en esta casa?
¿Con que yo soy un mal hijo?
¿Con que mi padre tenia
razon cuando me decia:
«Tú me matarás de fijo?»
¿Con que el culpable soy yo?
¿Con que se me casa Ines
con otro?... ¡Ah!... Sí... eso es.
Adios: esto se acabó.
Mi redencion aquí empieza.

RUFINO. Pero ¿á dónde vas?

LUIS. Adios.
(O me la parten en dos,
ó siento al fin la cabeza.)

RUFINO. Hombre... escucha...

LUIS. (Dirigiéndose al foro.) Nada, nada.

Cumpliré con mi deber.

RUFINO. ¿A dónde vas?

LUIS. Voy á hacer
mi última calaverada. (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

D. RUFINO.

¿Si se irá á matar? ¡Damiana!
¡Ines! ¿No hay quien le socorra?
¡Ines! (Viendo salir á Juan, Ines, Virtudes y Damiana.)
¡Ah! Corra usted, corra
detras de ese tarambana.

ESCENA XII.

D. RUFINO, INES, JUAN, VIRTUDES y DAMIANA.

INES. ¿Pero qué sucede aquí?

JUAN. ¿Qué pasa?

RUFINO. Que echó á correr
ese trueno de Luis
en cuanto le revelé
la quema de las acciones,
diciéndome: «Voy á hacer
la última calaverada».

VIRT. Corramos... ¡pobre doncel!
¡Al fin lo han precipitado!
(Virtudes se dirige al foro. D. Rufino la coge por un brazo y la baja al proscenio).

RUFINO. Señora, ¿qué va usté á hacer?

VIRT. A evitar una catástrofe.

RUFINO. La catástrofe es usted.

VIRT. ¡Rufino!

RUFINO. Calla, Virtudes,
no armemos otro belen.
Señor don Juan, por favor,

corra usté en su busca.

JUAN. Iré.
Hasta luégo. (Adios, Damiana.) (Al paso.)

DAM. (¿Hay boda?) (A Juan.)

JUAN. (Dentro de un mes.) (Vase.)

RUFINO. Yo corro á hablar con Antonio.
Como Dios nos saque en bien,
mañana mismo á Albacete.

INES. ¿Mañana?

RUFINO. Lo dicho, Ines.
(Entra en el cuarto de D. Antonio.)

ESCENA XIII.

INES, DAMIANA, VIRTUDES.

VIRT. (Cogiendo un libro y sentándose.)
(En mi cerebro se agrupan
mil ideas en tropel,
que sólo tú, libro amigo,
las puedes desvanecer.)

DAM. ¿Con que don Juan se explicó?... (A Ines.)

INES. Sí...

DAM. Me parece muy bien.

INES. Mi padre se empeña...

DAM. Es claro.

INES. Yo debo obedecer.

DAM. Es muy buen chico.

INES. Mi padre
siempre se hace lenguas de él;
y pues mi padre lo dice
será verdad.

DAM. Claro es.

INES. A mí me parece fino,
amable...

DAM. Y á mí tambien.

INES. Y no es tan mal parecido,
¿no es verdad?

DAM. ¡Qué lo ha de ser!

INES. Luégo, su conversacion
es amena...

DAM. Sí lo es.

INES. Y quiere mucho á mi padre,
muchísimo.
DAM. Ya lo sé.
INES. Y luégo, segun parece,
se toma un duque interes
en nuestra boda.
DAM. ¡Caramba!
Pues le debe usted querer,
porque un duque, segun creo,
es mucho más que un marques.
Y usted, ¿dejará á su padre
cuando se case?...
INES. No sé:
aun de nada hemos tratado.
Eso se hablará despues.
DAM. Si le falta á usted criada
y de mí se acuerda usted,
yo, señorita, en servirla
siempre tendria un placer.
INES. ¿No te hallas aquí contenta?
DAM. A la verdad no estoy bien;
porque el señorito Luis...
vamos... ya me entiende usted...
me requiebra, y no conviene
que yo esté muy cerca de él.
VIRT. Don Luis no puede ocuparse (Se levanta.)
de una criada soez.
DAM. ¿Y usted, qué sabe, señora?
VIRT. Demasiado que lo sé.
Conozco las impresiones
de su corazon novel.
¿Cómo quieres que un mancebo
ardiente como Wertert,
con una imaginacion
fantástica como Gohet,
tenga el gusto deplorable
y criminal á la vez,
de ocuparse de una... cosa
que se ocupa... de barrer?
DAM. ¡Señora doña Virtudes,
que me está faltando usted!
VIRT. Mi educacion ni mi clase

me permiten descender
hasta la cocina. He dicho. (Coge el libro y lee.)

DAM. Pues sepa usted que yo y él,
no hace mucho, reimos
de las tontunas de usted.

VIRT. ¡Insolente!

DAM. Poco á poco.

INES. Tia...

VIRT. No me hables, Ines.
A la cocina.

DAM. No quiero,
que aquí me encuentro muy bien,
y rabie el que rabie, ¿estamos?
Que entre mi cara y mi aquel
y las caras de otras momias,
no es difícil excoger.

VIRT. ¡Voy á arrancarte la lengua!

DAM. Vaya, no se acerque usted,
porque yo tengo una mano
que ni la del almirez.

VIRT. ¡Amenazas!

(Levanta la mano para tirarla un libro. Damiana se cuadra delante de ella. Ines se coloca entre las dos.

INES. ¡Pero tia!...
Vete, Damiana.

DAM. Me iré,
sólo porque usted lo manda,
que si no armaba un belen... (Vase.)

ESCENA XIV.

VIRTUDES, INES.

INES. Pero, tia, usted se olvida
de sí misma.

VIRT. Ya lo ves;
la culpa la tiene ella.

INES. La culpa la tiene él,
que con su carácter vano
hizo el amor á las tres.
Pero usted nunca debió...

VIRT. Ya la vas á defender...
¡Jesus! Es una desgracia
vivir entre gentes que...

(Coge el libro y se pone á leer. D. Antonio y D. Rufino salen por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. ANTONIO, D. RUFINO.

RUFINO. Vamos, vamos, no te apures.
ANT. ¿Por qué no echaste á correr
detras de ese calavera?
RUFINO. ¡Si salió como un lebrel!
Yo no tengo las piernas
para...

(Aparece D. Juan en el foro precipitadamente.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Por fin lo encontré.
ANT. ¿Pero dónde está?
JUAN. Muy cerca.
ANT. Corramos...
VIRT. Si...
JUAN. El caso es
que ya no tiene remedio.
INES. ¡Cómo!
ANT. ¿Remedio?
VIRT. ¡Qué!
RUFINO. ¡Qué!
JUAN. Por más que le he suplicado
no le pude convencer,
y se está vistiendo...
ANT. ¿A dónde?
JUAN. Ahí cerca: en el cuartel.
ANT. Hombre, por las once mil,
¿se quiere explicar usté?

JUAN. Le juro á usted, don Antonio,
que yo en su lugar tal vez...
pues lo que hizo, con franqueza,
le debe enorgullecer.

ANT. Pero, ¿quiere usté explicarse?

JUAN. Sí, señor, me explicaré.

(Luis aparece en la puerta del foro. Viene vestido de cazador. Todos corren hácia él.)

ANT. ¡Luis!

LUIS. ¡Padre mio!

INES. ¡Soldado!

VIRT. ¡Vaya, y le sienta muy bien!

ESCENA ÚLTIMA.

D. ANTONIO, LUIS, D. RUFINO, JUAN, INES, VIRTUDES.

ANT. ¡Ah, qué has hecho, desgraciado!

VIRT. (¡Qué figura tan airosa!)

LUIS. Ya lo ve usted, poca cosa:
sentar plaza de soldado.
Ví que yo la causa era
de todo lo que pasaba,
y me dije: aquí se acaba
la vida de calavera;
y á la calle me lancé
buscando una muerte cierta.
Mas junto á la misma puerta
á dos ancianos hallé.
Lloraban: por su dolor
pregunto, y dice la anciana:
«Lloramos porque mañana
nuestro hijo se va, señor.
Es soldado, y va á cumplir
con su deber como bueno;
pero nos deja en el seno
de la miseria al partir.
Como él nuestro sosten era,
como él nuestro pan ganaba,
si él se marcha, el pan se acaba,

la miseria nos espera.»
Entónces corrí al cuartel,
locos de placer detras
los viejos... y... nada más:
voy á la guerra por él.
¡Oh! No tema usted que allí
me maten los africanos,
que Dios oye á esos ancianos
que están rogando por mí.
Que el que lleva en su conciencia
un rasgo que le enaltece,
por todas partes le ofrece
su apoyo la Providencia.

ANT. ¡Hijo!...

INES. ¡Luis!...

RUFINO. Tu proceder
es muy noble.

JUAN. Amigo...

LUIS. ¡Juan!
(Cogiéndole la mano y mirando á Ines.)
Hazla dichosa, truhan,
que bien lo merece ser.
—Vaya, padrino, esa mano... (Se la da.)
¿Me perdonas? (A Ines.)

INES. Yo, ¿de qué?
(Enjugándose las lágrimas.)

LUIS. Desde hoy, si quieres, seré
tu buen amigo, tu hermano.
(Viendo á doña Virtudes que llora.)
¿Por qué llora usted, señora?

VIRT. Por usted.

LUIS. Al ausentarme
le prometo no casarme.

VIRT. Sin embargo, si una mora...

ANT. ¿Y si en la guerra cruel
te matan? Mi desconsuelo...

LUIS. Si me matan, iré al cielo;
si no... seré coronel.
Con mi suerte estoy contento,
y créame usted, papá,
su hijo de usted no será
mal visto en el regimiento.

Vamos, basta de llorar:
haré carrera, de fijo;
y pues he sido mal hijo,
voy á ser buen militar.
Y si llego á perecer
en la sangrienta campaña,
habré muerto por España
cumpliendo con mi deber.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMATICAS

DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.
La Córte del Rey Poeta.
Juan el Tullido (2.ª edicion).
El Angel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La Hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El Cura de aldea (5.ª edicion).
La mala semilla.
El Rey de bastos.
El movimiento contínuo (2.ª edicion).
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Lo tuyo mio.
Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (2.ª edicion).
La mosquita muerta (3.ª edicion).
Géneros ultramarinos.
El que siembra recoge (zarzuela).

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

El Cura de aldea (novela).	2	tomos.
La Caridad cristiana (Id.).	5	»
El Mártir del Gólgota (Id.)	5	»
El Corazon en la mano (Id.).	2	»
La Mujer adúltera (Id.)	2	»
El frac azul (Id.).	1	»

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: LIBRERÍA DE CUESTA, CALLE DE CARRETAS, N.º 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verd. Morillas y C.ª
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
P. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Ubeda	Bengoa.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vill.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.

La direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.